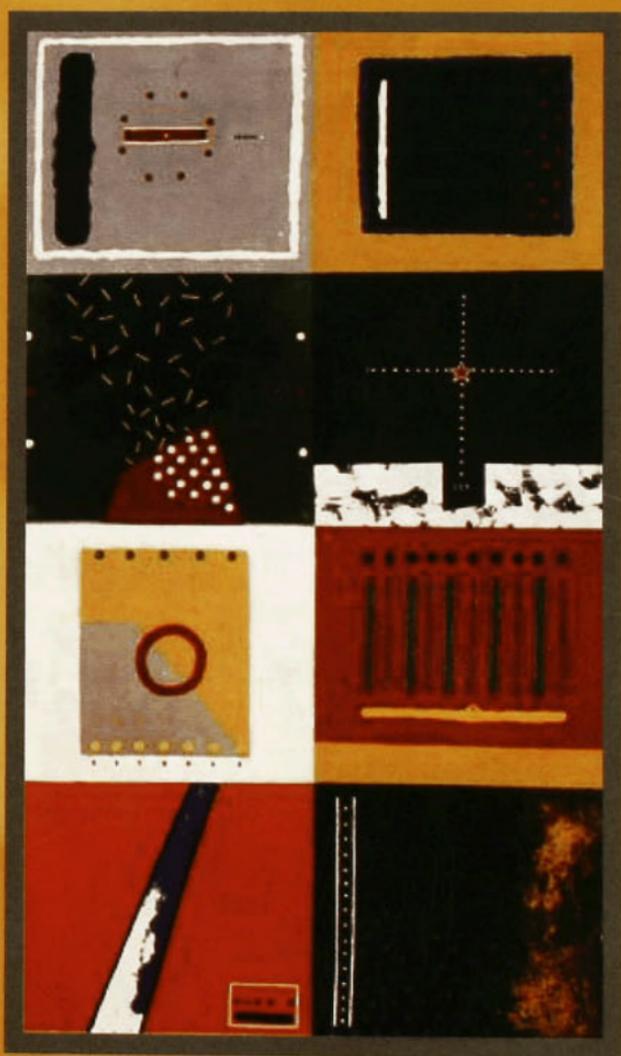


ALBUM DE FLORA Y FAUNA

MARCELO NOVOA



EDICION DEL GOBIERNO REGIONAL DE VALPARAISO



MARCELO NOVOA

Nace en Viña del Mar, 1964) Poeta y profesor de lengua materna. Fundó, junto a Sergio Saldes y Víctor Rojas, la Editorial Trombo Azul de Valparaíso. Allí publicó: "LP" en 1987 y "Minorías" en 1988. Ha repartido en periódicos locales y revistas nacionales su gusto por la letra ajena. Hoy flamante ex-crítico, se dice "facilitador" cultural, quién sabe. Durante los noventa viajó (des) armando Ferias del Libro por todo Chile. Convince a RIL Editores para coleccionar poetas de dentro y fuera en la serie El Trapecio. Allí publica "Arte Cortante" en 1996, y una segunda entrega el 2002, bajo el sello de la Universidad de Valparaíso. Actualmente reside en Huanhualí, Villa Alemana.

Album de Flora y Fauna

© Marcelo Novoa Sepúlveda

Reg. Prop. Intel. N° 129.205

I.S.B.N. N° 956-7944-31-8

Derechos Reservados

Obra Portada: "Postales de Sub-América",

Salvador Lauriani Olivares, acrílico sobre tela, 1996.

UNA COPA LLENA DE NOTAS
LITERARIAS Y OTRAS
PROSAS SUELTAS
A LA
SALUD
DE
VALPARAÍSO

AGRADECIMIENTO Y ACLARACIÓN

Entre 1991 y 1995, el autor publicó semanalmente una nota periodística, un atisbo de crítica o un breve hallazgo lector, en la Sección Arte y Cultura de El Mercurio de Valparaíso. Originalmente esas páginas dispersas se llamaron: *Palabra por Palabra*.

Cumplo partiendo por casa y agradezco la generosidad entre líneas del periodista y narrador, Eugenio Rodríguez, quien confió en mi talante literario, junto a otros talentos valederos de la ya mítica "*Valija Cultural*".

He dejado impreso mi entusiasmo por la letra ajena en diversas publicaciones nacionales y extranjeras a través de diez años. Este ejercicio de memoria lectora nunca termina, sólo que se rebela a ratos, cada vez que veo brillar un nuevo astro en el firmamento local.

Gestos tan simples como las consabidas notas de arribo o bien postales en movimiento. Aquí se presentan tal como fueron y como quisieran llegar a ser: pretextos para amigos que de otro modo no sabrían de nuestro cariño textual.

El autor ha escogido entre aquellas más resistentes al pudor crítico y sólo espera no repetirse, sino remitirse a signos aún por descifrar en estas costas del olvido y la perdición.

EL PESO LITERARIO DE LA PROVINCIA

No es la misma plaza de provincia que transitamos fugazmente los veranos, no lo es para los poetas que habitan estas mismas ciudades en invierno. Aunque sea uno y el mismo vaso de vino para cada reencuentro con esa dormida ciudad interior de nuestra geografía. En efecto, fruta en mis manos, admirablemente grave y efímera, la palabra poética de provincia se reconoce por su peso.

Sus poetas, silenciosos o expansivos, tolerantes o tercos, mantienen un solitario oficio reconcentrado. Su relación personal con el paisaje y el clima se superponen a sus lecturas universales qué duda cabe donde conviven cotidianamente la lejanía con el desconocimiento o, lo que es peor, el encasillamiento con que los etiqueta usualmente el turista desprevenido entre tanta postal tibia.

¿Quién supo de los amargos momentos vividos con hombría por Alfonso Alcalde? Sólo los jóvenes poetas tráfugas de Tomé, que no alcanzaban para devolverle a la vida. Vuelto del exilio, Efraín Barquero se pasea fantasmal por el puerto, apenas quieren encasillarle huye por puerta trasera al campo libre. Un joven librero me cuenta que sorprendió hasta las lágrimas a Sergio Hernández en su Chillán natal, recitándole versos de memoria. Algo es algo, pero que falta, falta y mucho.

La vida literaria en regiones depara sorpresas y naufragios para el prejuicio lector. Se publica y se difunde, aunque nadie se entere; se polemiza y se defienden valores muertos a ultranza; los francotiradores de

siempre harán su domingo sangriento entre autoediciones horribles, es cierto, pero también hallarán impecables aciertos de buen gusto, tan alejados de modas como cercanos a la artesanía. Y al caer la tarde, el rostro imborrable de amigos, nuevos y reencontrados.

Hablamos del "peso" de la literatura de provincia que recorre nuestra tradición salvo ilustres excepciones, y quizás estemos elogiando lo que permanece. Si así van rodando los dados, es urgente desviar la mirada del centro hacia los márgenes. La provincia todavía no señalada -sino por poetas- nos espera, cálida y hospitalaria, arruinada y decadente. Enfrentados al espejo de la Historia Reciente, nuestros pies de barro posmodernos aún lucen hojotas.

La palabra en que nos reconocemos y nos autentificamos no proviene de la institucionalidad, ni la homogeneidad ramplona, ni de la copia descarada de lo foráneo. La búsqueda de lo auténtico y lo tradicional debiera comenzar en nuestra propia biografía, en nuestras esquinas de barrio imaginarias, en esa plaza de provincia que todos llevamos dentro y casi nunca visitamos. Al caer la noche, la literatura de provincia nos señala la ruta del imposible retorno.

POESÍA Y PAISAJE

La más alta misión de la poesía es la libertad. Cantarla o defenderla es su tarea más amplia. No sólo las libertades individuales o abstractas, también las planetarias o ecológicas, incluso las infrahumanas y mutantes. La libertad -sea cual sea su contenido en cualquiera de los continentes conocidos- contribuye a la vida y no la muerte de hombres y mujeres.

Las fronteras humanas no atraparán la imaginación. Y esta paradoja radica en la creencia que todo tiene fin, inclusive la Poesía, que apenas resiste breve cárcel: el poema, y va, libre, de un libro a otro, de un poeta a todos. Entonces, sólo los verdaderos poetas intuyen la tragedia de iniciarse a la vida literaria. Ninguna poesía acepta fronteras, esa es su meta.

La poesía chilena hija de la gran tradición moderna contribuyó a formarnos en nuestro paisaje, a modo de verídico espejo de aguas lluvias, a imagen y semejanza de la descolorida geografía que entronca ciudades y campos casi sin darnos cuenta. Mientras leemos somos un poco más libres, mejores diríamos, si no desconfiáramos por anticipado del progreso.

La verdadera pertenencia a un espacio, un tiempo y una lengua sólo lo entrega la palabra más genuina. Pensar que una bandera, una frontera o una constitución enmarcan nuestra consciencia de ser algo más que meros individuos, resulta pobre y desesperanzador. Territorios lingüísticos se superponen a los espacios reales tal como los mapas donde primero viajaron nuestros dedos infantiles.

Pensemos en un continente superpoblado de palabras, por el Norte. Aunque también persiste la selva madre de la imaginación, en el Sur. Entonces las miradas se posan en este pariente lejano y a la vez, al alcance de las manos: el libro de poemas. Pues no cansa el oído ni la mente recorrer distancias insalvables como si fueran simples páginas. Un lujo para los ojos.

El paisaje desolador de la actual desidia lectora no nos debe aterrar, sino llamar la atención sobre lo que urge. Desde los escombros de realidad, los ociosos de siempre, los escasos lectores de poesía podrán alumbrar un nuevo y definitivo mundo de palabras. La soledad plena donde se reencuentre el individuo con su ser verdadero la hallaremos contenida en unos cuantos poemas. Donde repensar la vida, alimentándonos por dentro de este paisaje primordial: las palabras vivas.

ATRAPEMOS AL ESQUIVO LECTOR DE REVISTAS

¿Lectores de revistas? ¿Ha visto alguno, ultimamente? Esos individuos que intuyendo aquello de la fugacidad de la vida devoran con fervor milenarista incontables páginas de no menos infinitas publicaciones. Pasajeras. Perecederas. Inconstantes. Inorgánicas. Esporádicas. Todos estos epítetos descalificadores podrían, por qué no, nombrar futuras publicaciones efímeras.

Pero ¿se preguntan estos lectores, por lo que lee el diarero que les vende tal revista? Dentro de su pequeño reino de dramas ajenos y noticias del mundo exterior, nunca nos enteramos de su humanidad, sino cuando se ausenta, o peor, cuando amanece de mal humor. ¿Serán felices por contagio a lo que les rodea, por ejemplo, las mujeres más bellas del mes? ¿Esas perfectas sonrisas pagadas de sí mismas le dejan indiferente? Cómo saberlo. Si es de noche y el quiosco ya cerró.

Una revista es intriga policial, puzzle para mentes despiertas que reúne el azar, en una habitación cerrada: lectores, articulistas y lecturas diversas que juntos buscan la salida. Aunque, a veces, se repelen, otras se ignoren, pero qué felicidad cuando creemos intuir señas de complicidad entre una página y otra, entre tal diseño y aquel contenido, compartiendo la sutil magia de esta lectura desechable.

Hace años que presenciamos con más o menos bombo, escandalera incluída, la aparición de fugaces revistas literarias, que en realidad son solitarios *Número Uno*. Ya no resulta escarnio para nadie esta aseveración.

Pues pertenecemos a una raza masoquista que goza perdiendo la vista y de paso, la cuenta de la de veces que ha leído editoriales que cacarean descubrir la pólvora literaria, a costa de unos cuantos hechores desinformados que componen el pomposo comité editorial.

Casi todas las revistas literarias de las últimas tres décadas, dada su discontinuidad congénita, caen peligrosamente en el área chica del olvido lector. Nunca oímos hablar de segundas partes, menos, terceras vencidas. ¿Se sumará esta inconstancia al fatídico sino del escritor? ¿Morir pobre, despechado, perseguido por sus ideas, empujado al sacrificio de su genio superior? No nos parece justo que dichas embarcaciones revistas ya vistas deban naufragar justo en su viaje inaugural.

Y seguimos detenidos ante una portada cualquiera que nos guiñe un ojo. Pues tarde mal y nunca descubrimos la ecuación que equilibra novedad y apuro en unas cuantas páginas inconstantes. ¿O me va decir que nunca leyó El Peneca, Condorito, Mampato? ¿Nunca oyó hablar de Trauko, Matucana, Catalejo? ¿No? Vamos, no lo niegue. Nadie forjó su reputación de lector hojeando tan inocentes revistas ¿o me equivoco?

BEBIENDO EN BAR CESAN TÍA

Hoy, el vacío de los bares se ha poblado de poetas impresos. Sus textos deambulan sueltos de cuerpo por estas ruinas de realidad sedienta, aquello que la nostalgia seguirá nombrando como la "Joya del Pacífico".

Entonces, Valparaíso que nunca fue fundado, cerró sus bares una mañana cualquiera y hoy se brinda en la poesía, aunque sus poetas se multipliquen sin descanso. Aparente. Pues existen escasos pero bien encaminados hombres de le-tras que frente a palabras imperativas como ¡publica, hazte famoso, vende! hacen oídos sordos. Y en contra de cualquier argumento juicioso: oponen un obstinado silencio impreso.

Que la poesía se halla en otro lugar, qué duda cabe. ¿Entonces, qué hacemos en este bar maloliente con una cerveza tibia entre manos? Sólo el silencio puede salvarnos del delirio, sí, pero quién acalla a los vendedores ambulantes del soneto certificado. Difícil leer a los poetas ausentes, pero no imposible.

Otro local donde jugar a la poesía. La escena se repite invariable de urbe a aldea, por todo Chile. Estos jóvenes de cuerpo -la mayoría- y de alma -los más persistentes- se embriagan, enamóranse de sí mismos y nunca callan. Al desprenderse de sus habituales ropajes, los que eran universitarios, aquí son aprendices. Los técnicos, amantes del verso libre. Los autodidactas, autoridades por una noche sola.

Pero existen aquellos que siguen escribiendo, tras bambalinas. Desde la clausura de este arte olvidado

Oficio que cada vez pierde más el rumbo. Y la memoria que nunca ha sido una virtud nacional -que yo sepa- tampoco les respeta. Menos, si la notoriedad y el estrellato de unos pocos avivados guía tan mezquinos intereses.

Intuíamos que este siglo los artistas estaban enfermos, equivocados, de sobra. Lo que nadie podía sospechar era que los síntomas serían contagiosos como la peste. Vivir del arte, no para, tampoco por. Final feliz para la cesantía. ¿Se acabó el trago? Leamos poemas y pasemos la gorra. No importa la falta de talento. Se admite la poca seriedad. Y es que la poesía está en otra. Aparte.

Si una noche cualquiera se percata que también usted está a punto de saltar al escenario para recitar sus espontáneos efluvios del alma. Recuerde nuestra advertencia tardía. La poesía no juega limpio. Pues nunca pierde el tiempo.

IMPRESIONES DESDE UNA IMPRESA EN DESUSO

El Puerto, después de los ya memorables bares, hoy memorias la mayoría, posee la mayor proporción de imprentas por habitante que ciudad de Chile pueda ostentar. No resulta peculiar, entonces, que sus publicaciones mantengan un sello de originalidad, incluso entre propuestas diversas o claramente divergentes. Desde "Azul" de Rubén Darío, impreso en calle Serrano, en 1888, hasta los poemas que brotan autónomos de la bola de cristal computarizada.

Mauricio Amster, gran enamorado de las prensas, nos guía a través del infierno de las erratas y los tipos correctos, en su útil y siempre necesaria: "*Normas de Composición*". Sólo así lograremos comercio con bastardillas, demorándonos en el cuerpo de negritas o redondillas, sin faltar el respeto, eso sí, a las familias de altas y bajas. Temerosos de errar por galeradas mal compuestas. Nuestras manos inexpertas enfilan sangrías, tramas, volados y rústicas que el propio Amster supo llevar al buen puerto de los bellos libros.

Allan Browne nuestro diseñador estrella custodia las buenas artes literarias en la actualidad. Sonríe y menea la cabeza ante tanto desatino gráfico. Sus obras públicas/privadas tendrán buena vida en manos de los propietarios, orgullosos, casi sin saberlo. Pues él, que ha mantenido tratos toda la vida con portadas e interiores, sabe que el amor a los libros al igual que el carnal, entra por la vista.

En todo tiempo y lugar, allí donde se impriman libros, hallaremos erratas. Enfermedad profesional de

las imprentas. Jaqueca de los editores. Castigo sutil e imperecedero para los autores. Conocidas por los expertos como mote o gazapo, esos errores de tipeo o falta de corrección exhaustiva, las erratas, pueden tergiversar la idea, cambiando el sentido total de la frase o texto, moviendo a risa y escarnio, y cómo no, a indignación y desaliento.

Pensemos en las rumas de papeles impresos que cada noche alguien arroja a los basureros. Resmas de impecable blanco esperan convertirse en aquello que muy superficialmente, por cierto, llamamos literatura. ¿Pero quién piensa en los árboles? Que casi no existen, amén del tiraje abrumador de la industria que no cesa de eliminarlos para hablar de ellos en páginas a todo color, muertas de antemano.

Cierta vez visité una imprenta que hoy sé ya no existe. Allí encontré un señor de visera y manguitas, fornido y callado, sudando mares de tinta; un linotipista. Ocupado con unas cajas de impresión pétreas y renegridas como bajorrelieves latinos. Salí con mi invitación flamante y una pregunta. ¿Quién imprimirá su historia encadenada al llameante infierno de las letras de molde? ¿Habrà quién componga el arte de los tipos fuera de uso? Su pie de imprenta no debiera ser el fatal olvido. Ojalá.

Aún existe ese chilenismo aprobado por los diccionarios más castizos que es *choclón*. Vaya a la final del campeonato, un domingo de ofertas al supermercado o viaje en avión con precios promocionales y lo padecerá; al *choclón*, nos referimos. Según se lee en el Diccionario de la RAE: "*el lugar donde se celebran reuniones políticas en tiempos de elecciones*" (sic). Hasta donde mi conciencia lingüística post-dictatorial me lo permite, sé que el uso más apropiado para tal vocablo, va por otro lado. Menos democrático. Algo más certero, el Pequeño Larousse Ilustrado dice: "*aglomeración, multitud, chusma*". Y le lleva muchos codazos, apreturas, malos olores y, por qué no, un espacio para las picardías y salidas ingeniosas propias del vulgo. Todos juntos y revueltos. Imposible distinguir un nosotros de aquellos. Entreverados conformamos el prototipo de la chilenidad. Allí donde se confunden los límites y se tocan los extremos, de tan "achoclonados" que vamos.

Esto a propósito de las sanciones que buscan frenar los desmanes de las barras bravas en los estadios. Gestión tan estéril como los propios actos vandálicos acusados. Pues no olvidemos que es desde las graderías, tanto deportivas como de espectáculos, donde el público anónimo e inconforme se conforma con regir los destinos ajenos, mientras dure el espectáculo o alcance la cancha. Siempre reglamentados de antemano. Así ha sido desde tiempos de *panem et circem* romanos, pasando por el teatro clásico español, con su vocinglero y apabullante "gallinero" popular, hasta el poco o nada temible "monstruo

festivalero" de la Quinta Vergara el pasado verano. Si dejáramos a la masa -de la que formamos parte, claro está- sin estos remedos de poder, estas muletillas psicológicas baratas ¿no deberemos temer mayores desbandes sociales, como los que a diario nos saltan a la cara desde los noticieros sensacionalistas?

No hace mucho, una multitud compuesta por liceanos cimarreros y conscriptos de franco, ociosos en la inmensa aridez de Arica, incendiaron un cine por puro aburrimiento. Hace un mes le tocó el turno a cierta botillería que se negaba a vender más licor a sedientos pobladores de un villorrio perdido en La Araucanía. Casos que se repiten a diario. Portada y páginas centrales. Todos los fines de semana, miles de adolescentes se congregan para participar del rito orgiástico por excelencia del siglo XX: el concierto de rock. Allí la leyenda cuenta por decenas los casos de riñas con lesionados e incluso, muertos a causa de botellazos o sendas cuchilladas. Los partes policiales nada dicen sobre la brutalidad policiaca ejercida contra estos revoltosos divirtiéndose o desahogándose, da lo mismo a estas alturas del partido; víctimas o victimarios, poco importa, sólo depende del color del noticiario y la agenda periodística del minuto.

Hoy mismo son los desnudos en la vía pública quienes alimentan la escandalera. Estos empelotamientos de todo tipo de pelaje y alcurnia sacan ronchas a la delicada epidermis patria. Sabemos que la Represión, la Censura y la Descalificación provienen del aparato comunicacional de los poderes ocultos tras el trono de turno. En nombre de la moral, las buenas costumbres o la defensa de la familia, se ocultan bajo la alfombra todos aquellos rasgos chilenos detestables a simple luz.

Sacerdotes pedófilos, asesinos seriales formados en centros correccionales, niños ultraviolentos por tan innoble práctica ininterrumpida, desde hace cien años a lo menos: clasismo y racismo envueltos en el tupido velo de las reformas educacionales. Y no es cosa de condenar la violencia venga de donde venga, con la mayor severidad que las leyes otorguen, pues quienes sabemos librados de sanción histórica (perdonazo y punto final son su escudo de armas) se han encargado de arrojarnos una camionada de lápidas, para empedrar nuestro camino de perdición nacional.

Hablamos de casos y no causas repartidos equitativamente por nuestra enloquecida geografía. Aunque Santiago se lleve las palmas de la delincuencia. Pero el sistema-culpable-de-todo esta vez no puede ser la única variable. Heráclito dijo que *"el combate es el padre de todas las cosas"* y bien conocía este sabio griego la beligerante condición humana. Si hasta los pacifistas de toda laya proclaman su lucha en defensa de los derechos de la vida. Aquí me viene a la memoria la descabellada teoría que alguna noche oí en una conferencia gnóstica. El charlista afirmaba que todas y cada una de nuestras acciones generaban energía que podía ser canalizada por ciertos seres dotados de poderes superiores. Así, el resto nada despreciable del excedente energético de todas nuestras peladuras de cable, salidas de madre o pateaduras a la perra vagaba por el planeta produciendo roce, calor, y sobre todo, mayores cuotas de violencia. ¿Qué esperar entonces de aquellas generaciones venideras que cobrarán a cualquier precio su puesto servido en la mesa? ¿Más violencia? No, por favor.

Componga el balance de los libros que no ha podido leer. Aquellos inaccesibles volúmenes que sólo desconoce e imagina, por datos reunidos al azar, en manos de oscuros propietarios. Atrapado por el incontenible tráfico de lecturas pendientes, seguramente, el saldo siempre será negativo. Pues harían falta varias vidas para hojear siquiera las incontables ediciones existentes. Pero a los escritores les pasa algo peor. Incluso, esta refinada tortura mental es rizada hasta la obsesión, al buscar ediciones exclusivas. Mientras más escasas, mejor. Y si los autores son raros o apenas mencionados en catálogos extraviados, un desafío superior. Entonces surge una nueva fuente de desdicha, nos enteramos de la existencia de autores invisibles, olvidados por los siglos, qué frustración...

Peligro. Nos estamos acercando al extremo del delirio y la excentricidad: la invención de autores imposibles. Sólo basta que un puñado de críticos ineptos o bien, algunos escritores soberbios y nuestra mentira cobrará ribetes de verdad canónica. Y vuelta a enmendar catálogos, desesperados ante la omisión, esa clara burla de alguien mejor enterado en tales secretos. También los nombres consagrados participan de este juego de encubrimientos. Jugando a las escondidas con sus lectores, escamotean autores influyentes en su formación. Pues sabedores de tal deuda de estilo, filtran a través de lecturas oblicuas o maliciosamente ambiguas, sutiles señas de dicho vasallaje. Olvido sólo comparable a la desmemoria tenaz del amante furtivo.

Estos nombres tachados nos remiten directamente al resbaladizo terreno de las comparaciones. Allí surge de inmediato la insidiosa pregunta: ¿Dónde acaba el homenaje y comienza la copia? ¿Es comparable la cita a una deuda encubierta de mediocridad? La respuesta siempre está en tus manos, lector. Quizás puedas descubrir puentes ocultos que enriquezcan a ambos escritores. Hoy los teóricos literarios denominan este fenómeno, común por lo demás a todas las épocas, diálogo intertextual o intertextualidad, a secas. No podemos sancionar el abuso del recurso de la cita textual, ni menos dejar pasar los homenajes groseros (inclusión de personajes, nombres o tramas de otras obras) que autores de diversas épocas se otorgan entre sí.

Jorge Luis Borges, maestro en más de un sentido para los lectores de éste y otros continentes, también acusa tales estrategias evasivas. Aunque dé cuenta de muchas de ellas en sus ensayos, estudios y prólogos tan geniales como su obra de pura ficción. Una de estas deudas literarias sistemáticamente escamoteadas es el narrador simbolista francés, Marcel Schowb. Reconocido en vida por figuras como Mallarmé, Claudel y Válerly, se une sin estridencias al selecto puñado de autores que permanecen fantasmales entre el siglo XIX y el XX. Su obra escasa, está repleta de hallazgos riquísimos de una nueva sensibilidad ante el género fantástico.

Borges encontró eco de sus propias cavilaciones sobre los deslindes de la imaginación en la historia, las complejas estructuras que sostienen a las ficciones y su lugar en el mundo de las ideas. "*El libro de Monelle*", "*Vidas Imaginarias*" y "*La Máscara de Oro*" de Schowb adelantan o prefiguran la invención de acabadas biografías de seres ficticios del maestro argentino. Pero en honor a la verdad, hacia el final de sus días, Borges,

prologa para una editorial sus cien títulos claves de la literatura, y allí aparece *"La Cruzada de los Niños"*. Crónica distanciada y brutal de Schowb ambientada en el tiempo de las Cruzadas que alcanza una maestría de recursos estilísticos en la creación de personajes extraordinarios surgidos de unas líneas perdidas de la Historia.

Julio Cortázar, ese otro narrador argentino tan querible como inesperado, a su vez adeuda el desvarío y el humor de otro francés, contemporáneo de los existencialistas, pero único en su especie. Me refiero a Boris Vian, inventor, ingeniero, músico de jazz, crítico musical y director de una casa discográfica, además de traductor, pacifista y amante de los deportes. Vian es el autor de novelas inclasificables como *"El Otoño en Pequín"* o *"La espuma de los días"*, además de *"Escupiré sobre vuestra tumba"* y *"Todos los muertos son la misma cosa"*, novelas negras eróticas escritas bajo seudónimo, pues escandalizaron al París de pos-guerra. Recórd notable si se tienen en cuenta a los Dadaístas y Surrealistas y sus estridencias de ese entonces.

Autor de humorismo salvaje y deslumbrante inventiva de acciones y maquinarias debía necesariamente congeniar con este "patafísico" argentino. El cruce de sables originó las escenas inverosímiles pero tan risibles como las que recordamos de su novela *"Rayuela"*. Aunque Cortázar nunca habló en sus múltiples escritos acerca de Boris Vian, las evidencias asaltan la vista a un lector imparcial.

Observar rivalidades y complicidades que rodean a la literatura, inclusive con autores muertos a quienes se saquea impunemente, lo hace pensar a uno cuántas más sorpresas nos depararán futuras lecturas. He ahí el dinamismo secreto que alimenta eternamente nuestra curiosidad lectora.

FANTASMAS DEL FUTURO

Soñar el futuro no es exclusivo de la ciencia-ficción, esos visionarios aterrados con el presente. Todos alguna vez hemos vuelto los ojos hacia esa puerta infranqueable, abierta a medias por la imaginación. Pero ¿cuándo dejamos de pensar que el Futuro serían robots domésticos, mucha nave voladora y su familia, por qué no, vacacionando en alguna colonia marciana? ¡Qué anticuado suena todo eso frente al temido desastre ecológico en tiempo real!

Resulta decepcionante y a la vez, tranquilizador, sabernos superados con creces por la realidad. ¿O me va a decir que la manipulación genética de alimentos, el dominio bélico del espacio o la centralización total de la información, no son sino apenas los síntomas notorios del nuevo orden mundial? ¡A mí que me registren las pesadillas! Tanto como creo firmemente en la destrucción de la vida como la conocemos, asimismo espero la aparición sobre las humeantes ruinas de más crueles y terribles descendientes, capacitados para aprender de nuestros errores y acelerar los procesos autodestructivos, y así, hasta el vertiginoso delirio de quien hoy se ha puesto a sudar frío por fantasmas de un tiempo que nunca será pasado.

¿No sería más tolerable, cerrar los ojos y soñar con un mundo plástico, preciosos trajes plateados, música sintetizada, alimentos en pastillas, grandes colmenas humanas y la narcótica percepción del futuro como progreso, bienestar, desarrollo igualitario para todos los habitantes de este sobrecalentado planeta?

Pero no, tercermundistas de fin de siglo, despiertos y tiritando contra los muros de las fábricas abandonadas, esperamos la noche como una bendición de sombra sobre nuestras existencias miserables. Sin más horizontes que los ladridos de perros hasta el amanecer, lúcidamente trastornados leemos violentas novelas de ciencia-ficción.

Luego de una plana mayor de naves nodrizas llamadas Asimov, Bradbury, Sturgeon, Simak o Bester. Aparecieron por implosión generacional, un puñado de autores locos como planetoides en órbita de colisión. Voces rutilantes pero todavía secretas, densísimas narrativas antimatéricas surgidas de la mente de Brian Aldiss, Samuel R. Delany, Philip K. Dick, Roger Zelazny, J. G. Ballard, Tomas S. Disch, Michel Moorcock, Norman Spinrad, Bruce Sterling, William Gibson, Greg Bear y Neal Stephenson. Leerlos es recorrer una ilimitada versión de lo existente. ¿Se atreve a volar lejos, lector, con sus pies tan sobre la tierra?

Ya no importa demasiado si el futuro soñado se asemeja al presente fantasmal. Estos autores traen noticias desde universos paralelos: un mañana posible de enmendar. Inútil. Pues me he indigestado de tanto sueño recalentado en los calderos de la imaginación. Ahora tengo acidez espiritual. Lector a fin de cuentas aún espero la página por venir.

NOVÍSIMO PERIODISMO

A partir de los noventas hemos asistido a derrumbes, escándalos y vueltas varias del naipe internacional. Demás está decir que estos sucesos resuenan en Chile amplificadas por la sobreinformación y/o el desinterés histórico de nuestras nuevas promesas literarias: los periodistas. A esto, habría que sumar la escalada local de periodistas recién egresados de nuestra oferta educativa, que a falta de trabajo, se han vuelto poetas.

Pero no fue tan trágico siempre. Pues ellos trajeron desparpajo, humor, agudeza y crítica a esos mismos medios comunicacionales. Al demoler con gran contento cuanto les oliera a compromiso político o siquiera, deudas caducas con algún tipo de jerarquía. Y nosotros celebramos su insolencia. Me refiero a los programas juveniles de televisión, los suplementos ad hoc de los periódicos y los espacios musicales de las radioemisoras.

Hoy las máscaras han caído, rotas por el peso de sus narices que siguen mintiendo a destajo. Sin oler todavía su propia carroña. De las "escuelas de iniciados" algo fofas y bastante divertidas de sus inicios (pienso en *nerds* tomando por asalto universidades post-dictadura) hemos desembocado en "pandillas socialités" donde los códigos de aceptación o final de una promisoriosa carrera, son regidos por interminables negociaciones de poder, al más puro estilo maffia massmediática.

Pero vayamos a los ejemplos. ¿Por qué ingenua razón o palpito infantilista creen estos señoritos que sus libros, películas y discos más amados no están corrompidos por idénticos poderes comerciales, que aquellas obras ridiculizadas en sus artículos, comentarios o simplonas puestas en habla televisivas? Me parece que la negación de las leyes del mercado para sus héroes de turno, es lisa y llanamente ignorancia. Una peligrosa fascinación que tolera este fascismo blando en que nos regodeamos; sin percibirlo, además.

Otro caso parecido resulta de las estrategias y tácticas empresariales que los adultos imponen a estos bobalicones anunciadores. Darle sólo lo que quiere el joven consumidor raya en lesa cobardía intelectual. Si se tiene tribuna, voz y cierto poder de convicción se debiera necesariamente acabar con esta insufrible jugarreta frívola de los "pierdeteuna" de la picantería nacional. Nunca dejarán de humear las chimeneas nazis si creemos respirar la primavera del confort.

Ya no recordamos desde cuándo las pantallas de los televisores dirigen el orden de nuestros días. Tampoco ¿cuándo los intelectuales, hombres de ciencia, de letras o del arte engrosaron las filas de esta fraudulenta realidad? Los nuevos periodistas se estrellan contra la invisible barrera del gusto y la variedad en total silencio cómplice. Profesionalizarse o morir se defienden. Todos convertidos en payasescos comentaristas de una moda impuesta por los ocultos poderes de siempre.

Pienso en las artes liberales puestas al día. Aquellas disciplinas artísticas al servicio de la comunidad, ligadas a la vida pública de los artistas. La retórica (territorio exclusivo de comentaristas deportivos), la dialéctica (ámbito acomodaticio para políticos o telepredicadores), la geometría

(laberinto tecnocratizado para diseñadores digitales), y por último, la gramática (cada vez, más audiovisual, sinó, mire alrededor). ¿Y el arte? Nada tiene que hacer allí, que no sea dejar de ser arte.

Esta sospecha inicial ya es alarmante síntoma devastador. Sólo resta la pregunta medieval que aún resuena claramente en nuestras celdas de bienestar y evasión. ¿Qué se hicieron las brillantes plumas del siglo pasado? ¿Las lapiceras audaces de apenas cincuenta años? ¿Las innovadoras computadoras de hace dos décadas? ¿Dónde se fueron los pensamientos ilustrados de medio minuto atrás?

¿QUÉ FUE DEL ROLAND BAR?

Muchos se preguntarán lo mismo. ¿Por qué cerró un bar de leyenda? Las respuestas pueden variar dependiendo de la hora, el lugar o quien interroga. Así, la culpa la tienen los cochinos pesos, el paso de los años que nada perdona, o bien, cierta tendencia suicida que ataca a las glorias pasadas.

Porque los últimos parroquianos del Roland Bar lo recuerdan lúgubre, algo decaídos sus marineros asiáticos y hartos tristonas sus damiselas ebrias. Pues la decadencia siempre delata la ruina que se avecina. Actos aislados dan la voz de alarma que nunca oímos. Valparaíso se cae a pedazos. Pueden ser los golpes de la insensible picota del progreso, pero a menudo resultan termitas más demoledoras nuestra falta de compromiso o el descarado elogio de lo foráneo.

Al cantante de tangos se le ve cansado, la florista niña envejece sin dignidad. Los lugares antes fotografiables nos desconocen al caer la noche. Ya ocurrió con el Almendral, ahora sigue el Barrio Chino. Tanto sitio memorable que usted, amnésico lector, puede añorar sin derramar una lágrima.

Todavía somos una ciudad con tiempo de sobra. Fíjense en la cantidad de gente sentada en sus plazas o acariciando un perro vago o mejor, que sólo escribe poesía. ¿Qué fue de aquella naturalidad frente al extranjero ahogada por el Canal de Panamá? Ojalá nunca lleguemos al entierro del impagable ocio porteño.

RETRATO DEL AUSTISTA ADOLESCENTE

(cierta épica fracasada)

Poetas chilenos del tercer mundo, no ha sido en vano tanto retraimiento, tanta tardanza, tanto heroísmo sin valentía. Tanta estropeada canción de amor.

Fracaso y descontento pesan harto más como equipaje de mano si debemos permanecer de pie, apiñados en bodegas, hacia las costas del nuevo siglo.

La fatalidad de ser poeta menor de edad. Hablo aquí de la década de los 80tas, ese pasado remoto. Insularidad que fermenta en las bocas cada vez que pronunciamos la palabra capital.

La tensión insoportable de envejecer en silencio condicional minó nuestras capacidades dispuestas para el Ocio, el Escepticismo y la Insensibilidad.

Despolitizados, sin gremios, anárquicos y sobre todo inútiles para los fines que el progreso estime conveniente. Nos hemos refugiado fuera de las Utopías.

Suerte de clanes, tribus, hordas o pandillas que aún no aclaran su película de convivencia. ¿Justificar el pasado o rectificar el presente? En ambos casos la palabra vacío es la misma.

Como primitivos bajo un cielo de perdición. Gruñidos. Codazos. Risotadas. La mueca/ La contorsión/ La desmesura. Tanta ruta imposible entre una y otra plaza desierta.

Llegó la rueda del licor barato/ corría locuaz una lengua de extramuros. Señales del dulce humo expulsadas desde nuestros pulmones/ crecía exponencial la velocidad del pensamiento.

Y qué fue y qué fue, aquí estamos otra vez. Las fogatas y los encapuchados: neumáticos rodando hacia el hueco de la historia. Y nos creímos a salvo de la tristeza alcanzándonos de golpe.

Atrapados en cuartos cerrados a punto de demoler, mientras el baile continúa sin trazas de cansancio. En definitiva, derrotados. El infinitivo: resistir. En nada conformes, para nadie informes.

Y caímos en cuenta. Abrimos las bocas. La nada invadió los cerebros fríos. Nos mordimos la lengua traidora. Y nos atragantamos con nuestro genial poder de decisión: decir que no.

Una generación literaria seguiremos llamándola del '87 fue vitalidad a solas, hoy reconocible apenas como una lengua muerta. Patio de juegos para desacatos idiomáticos de época.

En medio de la desolación y rodeado de ruinas, insistes poesía. Niño y anciano enfrentados en este borde costero; son horas inciertas, pues algo está por amanecer o simplemente llega a su fin.

VERDADES ABREVIADAS EN LA MESA DE TODOS

Un siglo de escrituras puede reducirse a un par de versos memorables, bien lo sabe Renán Ponce. Pues ha descubierto que muchos lectores, más interesados en la vida que en la obra de los poetas actuales, olvidan el nulo interés que dichos tránsitos pedestres significan para el tiempo. Ese gran acomodador. Así el poeta Ponce ha hecho del oficio de la poesía una infinita pregunta abierta. Inquisitorial su voz conmueve a los signos cambiantes de un mundo en franca descomposición. Siglo XX Cambalache no sopla, socarrón.

Hermanados por el ajedrez y la buena mesa servida por propia mano suelen llegar los poetas porteños hasta su vida retirada. Entonces, inexplicablemente, Renán Ponce desaparece al momento de posar para el retrato de la poesía porteña que permanece. Su palabra, sencilla y honda, no rehuye la belleza sin afeites, ni distrae su mirada honesta. Su concisión casi refranera, le lleva por la senda reposada de la sabiduría sin excesivos ni sospechosos deslumbramientos verbales.

Desde su primer libro, "*Cuando había menos luz*" (1981) relucen las interrogantes sencillas, ahondando con largueza en una misma y diferente cuestión: la propia existencia. Allí aparecen las necesarias marcas de un estilo de despojamiento de toda inútil retórica. "*Somos los últimos sobrevivientes/ de un mundo que está por extinguirse/... /el de las preguntas transparentes/ como una puerta abierta...*".

"*Sol Terrestre*" (1987) encauzó su verso hacia el epigrama y el poema breve, fruto contenido en su propia razón, ser completamente poesía. "*En estos lugares*

tomados de la mano/ por este camino que también lleva a la muerte/ se sabe por lo menos por donde anduvimos." Aquí señalo el injusto silencio que la crítica se ha cobrado con su obra, aunque el poeta algo sabe de derrotas, fracasos que cumplen su misión: salvarle la vida verdadera.

"*Breviaturas*" (1991) Quizás el nombre más acertado para su original fórmula que trueca versos en verdades: "*Me gusta tanto ligarme con todo y luego irme...*". Una verdad que confiere ritmo a las imágenes, "*detrás de las cosas/ vive nadie/ jugando a esconderse como un niño.*" Hasta convertirse en un espejo donde la vida cobra caro mirarse: "*Porque nadie moverá por mí ni un ángel,/ pagaré la vanidad de ser yo mismo...*". Desde este título, Ponce ha adquirido carta de ciudadanía permanente en la poesía porteña. Aunque muy pocos hayan visto sus credenciales.

Un alto en su tránsito de interrogantes mínimo-vitales dio paso a sus "*Cartas Temporales*" (1993), búsqueda de identidad latinoamericana, con la excusa-acusación de los Quinientos años; no me resulta su voz aislada, la hallo reconcentrada en un marco temático demasiado amplio para su instrumento afinado en lo íntimo. Me quedo con "*esta marca por verse (que) busca donde encontrar su oficio...*".

Y ahora este "*Sujeto Predicado*" (1998) nos entrega su voz de madurez, aquella que conoce sus límites, pero no desespera en "*ese esfuerzo que cansa sin saberlo*". Aunque, claro, intuye perfectamente los alcances de su verso, igual humaniza sin decirlo, "*...hablo del optimismo salvavidas/ pequeña embarcación/ risa de circo/ que por bandera tiene la mirada/ de toda la nación que nos habita...*". Incluso

aparece su indignación social, "*molesto alfil de este juego sucio*", tanto tiempo confundida con panfleto en estas tierras de elipsis voluntarias.

Hay poetas que no tienen control sobre los alcances de su misterioso oficio. Otros, debieran controlar más seriamente sus continuos desbordes. Junto a ellos, el poeta Ponce parece demorarse incansablemente, trabajando a conciencia cada verso, cada línea visible de la invisible mano de un Dios algo corto de vista. Pues esa fina ironía impide el paso a la insolente ordinariéz o el mal gusto que campean estas costas. Aunque siempre, desde un punto distante, discreto y esencial. Punto aparte de la poesía porteña.

SUMA Y RESTA DE PABLO ARAYA

Este poeta nunca antes comentado, por demasiado cercano, hoy se impone a mi descuido crítico. Aunque lo suyo es privado, carente de fanfarrias. Opción gozosa por anónima. Más aún en este minuto en que los escritores, mayoritariamente confundidos por fuerzas encontradas (mercado v/s originalidad, fama v/s subsistencia, etc. v/s etc.) son pervertidos hasta convertirse en simples modas pasajeras hojeadas en revistas atrasadas de peluquerías del Primer Mundo. Así las cosas, Pablo Araya no se despeina ni cede un ápice.

"En mi barrio muere un poema cada cinco minutos / (lo dicen las estadísticas)" son los versos iniciales de *"Licencia Poética"* (1988) primera entrega de antecedentes para una causa que ocupará su vida entera. Muerte e ironía, poesía y lenguaje llano son los ejes temáticos que sostienen esta obra desencantada y lírica, que internó a Pablo Araya por la selva literaria porteña.

Aunque participante activo de talleres y círculos literarios en sus inicios, pronto su opción solitaria canaliza su energía creativa hacia un estilo de vida social, en lo visible, pero huraño, en lo tocante a los temas de fondo. Sólo a través de la poesía enteraremos sus pasos por el mundo.

"Es preciso que se entienda / Que un poema no gime / Ni grita / Ni patea el suelo./ Habla. Dice/ Señala el punto/ Se retira..." Todo el libro está cruzado por acotaciones líricas, juicios sobre el oficio, aclaraciones sobre la conducta ética de los poemas.

El poeta está afinando su instrumento de observación y nos propone coordenadas de viaje, señalando incluso vías de escape.

"Una mujer con labios de invierno / Teje un huracán sobre mi cabeza..." Tampoco falta en este primer volumen la presencia del eterno femenino, pero vuelto real-tangible, problemático y fascinante por lo mismo. Pablo Araya no desconoce las vicisitudes del amor en tiempos de cesantía.

"Harrington 13" (1999) Aumenta la intensidad lírica, pues eleva su puntería hacia temas como la muerte, la herencia, el misterio y la divinidad. Tal como su casa empinada al final de una escalera, los poemas se vertebran desde dentro hacia afuera. Esqueleto o andamiaje al desnudo, recubierto por severas señas de identidad.

"Respiro este aire/ no hago otra cosa que componerme de días/ frente a esta asfixia/ al paroxismo del tiempo/ como si un dios rabioso me hubiera pateado...". Pablo Araya reconoce su lugar en un mundo ajeno, se afirma en esa incompreensión para salir airoso de este ascenso a los infiernos, a la busca de una poesía despojada de toda inocencia.

"Quemo mi esqueleto/ abro la palabra infierno / ingreso a ella confundido como un niño viejo/ olor a fuego tuve/ en el país de la fragua/ practiqué el rito del silencio..." Hermoso y terrible poema dedicado al padre ausente y violento, demiurgo de su propia soledad, así cierra este libro de palabras justas y precisas.

Leer poesía es necesario o no lo es. Leer a Pablo Araya es indispensable y no lo es tanto. Ya se sabe. Leer a secas no sacia ninguna sed. Así pues, resulta conmovedor que aún existan lectores de poesía.

Por mi parte, sólo resta perderme entre tanta lectura ajena, como un ciudadano más en pleno cruce de calzada. Con unos versos del poeta Araya en mente: *"mi madre me dijo que yo era un pez navegando en ella / soy tu mar a mí volverás cuantas veces sea necesario irás a todos los lugares sin llegar a ningún sitio..."* Y lectores que leen esta nota crítica, juro que me emocioné, pues aún soy capaz de reparar en tanta bella palabra suelta.

Qué cualidades literarias pueden acompañar a un autor pura maldición. Meta estigmas hasta adquirir rango estético. Sólo entonces hablaremos de la obra y su autor. Maldito de nacimiento, el tal Rimbaud llevó su existencia a extremos inaguantables. Otros Baudelaire, Poe o Artaud pagaron malditas cartas de ciudadanía con vida propia. Y queda otrosí, cómo no, Hernán Carvajal, que superó atroz prueba al vivir tiempos malditos: su temporadita infernal.

"Al filo de ser arrancados por la nunca pacífica mar oceánica, un largo y angosto escalofrío se nos volvió tierra. A la desesperada, pervivimos entonces. La palabra devino mayor entre los recursos del desamparo." Texto sin fechar que enmarca al dedillo una desazón y un destino. Al poeta Carvajal le tocó la ruleta rusa de un país contra sí mismo. Testimonios *"desde el estado llano (en llamas), golpe 73."*

Escritor a cabalidad, vastas lecturas no devienen espontáneas en desintegrador de idiomas. Pienso en Beckett, secretario de Joyce, quien a su vez, fue de Yeats misma historia. Carvajal a su singular modo repitente de Neruda, le conoce mejor que nadie. Al ordenar sus libros, los ajenos, se entiende.

En *"Fuego Marescente"* (pre73) la originalísima dicción suya le convierte en adelantado por mano propia: *"Un vaho negro sube la noche de las ciudades: lujuria, poesía de la sangre. Quiltreando enamoramientos, pistilado de perversiones: madurar autoridad: hoguera con chamusca de angelotes..."* Lecturas amarditadas en

toda época y lugar; bajo la mira, donde busquen le hallarán: uno + muchos, preso en Pisagua.

"Seguridad Ruleta Rusa" (1990) deviene "Verticación/Omisionario" (1991) que resultó "Inxilio" (1993). Libro, por ahora, sumidero y vórtice de ocupaciones viles y hallazgos lingüísticos. Defiéndase: "se nos acusa de oscuros, elípticos, hiperliterarios... Juicios que pasan por alto la precariedad y el terror: elementos tan significativos en estos desgarrados años."

Escritura quebrada afirma al país convalesciente. Sus prosas de presidio con vista al mar demuelen toda épica romanticona. Hernán Carvajal baja a la noche para sacar la cabeza, entonces todo se le vuelve escriturar. Admirable síntesis biográficolectiva, su "Chincolito acusado de matar escopeta" o "Carepalo la fotocopia del edén" enseñan los dientes a una gramática demencial de esos años que muchos dan ya por olvidados.

"De noche, levanto los muñones sangrientos contra el fulgor acetileno de las estrellas, como siempre: los epilépticos de la acción bullen afuera y escucho cerrar la puerta de la casa de los hombres: con tanta dignidad lo hacen, que uno cree abrochan así la bragueta de Dios." Sacarle la madre al mismísimo, con poesía, esa visión descreída que lava nuestros ojos de tanta telaraña de fe.

"En el universo de las letras no existe autor más travestido ni otro vuelto tan carne de impostura como Arthur Rimbaud. La traición invade nuevas expresiones del arte: a fines de la década de los 60, en un film desfilan imágenes del autodefé en Roche: nov. 1873. Bajo la tutela de un Cristo sobre la chimenea: el portalira quema manuscritos y la edición completa de Una

temporada en el infierno. *El episodio es pura fabulonía del cuñadísimo Dufour (a) Paterne Berrichon.*

En este libro se agitan todos los fuegos del incordio. Interrumpido, retomada esa verdadera guerra interna entre el pagano y Cristo, el maldito toma partido por las blasfemias; no hay conversión: pero vacío. Esos vértigos radiaron las quimeras. " (De las notas a su versión del poema maldito, 1992)

¿Lord Cuchufli, Juan de Quintil o Hernán Carvajal?: máscaras para la fiesta de las balas; Rimbaud y su temporadita aquella (escrita en 1873) han escogido la mejor alma cargada para ser traducidos al chileno; cien años después de otra fecha maldita, toman por testigo clave al poeta Hernán Carvajal en Los Tebos, Caleta Horcón, hacinado de libertad. Pongan ojo. Su lectura no abunda ni daña. Sino al vérrre.

Hablar aquí de Víctor Rojas Farías, poeta y nadador, es hablar de un pasado común que aún no nos abandona: la poesía, su compañía y el desbande de la juventud. Estamos en el año 86 y acabamos de inventar Trombo Azul, editorial de jóvenes promesas, con Sergio Saldes a la diestra, yo entremedio, ¿y Víctor? Viene bajando de la montaña a cada rato como un Zaratustra de alto rendimiento, para de un salto zambullirse en Las Torpederas de su infancia y asomar la nariz justo a la mitad de un crepúsculo en el lago Budi.

Allí nació "*Tango Dos*" (1985, 1987, 199...) Aunque con sucesivas reediciones secretas, todavía no han reparado mientes lectores, críticos o siquiera personas enteradas de tan insólito texto. Allí todo está como antes de salir a escena. Una pura latencia hila esta historia de amor triste, quintaesenciada por arte de la deconstrucción del relato, que sólo nos deja ver los retazos, llámense: cartas-recortes-pétalos-postales. Y el lector, como siempre, tiene la última palabra.

Hablando de un autor menos joven a otro casi viejo, debo decir que le hallarán preocupado desde antes por la vida futura del idioma, interés tan extravagante en los actuales poetas porteños, como aquellos vigilantes de sombras moldeadas por siglos de nubes pasajeras. Brillante efecto que desaparece luego de ser visto. Genial, sí, pero... Veánlo planificar, modela que vuelve a moldear el continente de su obsesión: narrar desde la Forma. Sin la intervención de narradores, sino que él mismo -autor confeso, conciencia estructurante-

convertido en huésped de su novedosa invención, con la solapada intención de adjudicarnos las infinitas recomposiciones de escena, a manera de una nueva autoría: nuestra lectura emocionada/interrogante/desorientada (en distinto orden para cada lector).

¿Mencioné su casa de Playa Ancha? Donde se acumulan desde siempre restos del naufragio nunca acaecido. El cuenta que escuchó leyendas marinas en las rodillas de su abuelo, quien llegó a la Antártida de los primeros. ¿No será que ya se olía en aquellas solapas marineras un destino tan salado? Banderolas adornan hoy su caótico escritorio, mientras él se sumerge entre papeles secretos o boletas de pago atrasadas. Porque él nunca está, sólo existe, como el jibarillo de "*La gran enciclopedia del mar*" (Sello Cruz del Mar, 2002). Un libro que es muchos otros libros extraviados, textos descentrados, un húmedo legajo para el despistado lector a secas. ¿Más datos del autor? No son relevantes. Existe felizmente. Sólo existe para el viaje y la renuncia, la risa y la obstinación. Inclusive alguna vez negando lo obvio, cantamos ebrios desde los techos, "*no hay tal mar/ sábanas a lo largo de un bamboleante alambre/ barcos de guerra hay*". ¿Cómo saber todo quien ni siquiera nada? Y si algo he aprendido leyéndole, es que el mar es metáfora de algo mayor que sí mismo: mar en sí mismado y punto.

Y se equivoca quien acierte a ver en estas historias jocosas o trilladas, estos versos libres y encorsetados, estos experimentos formales que nos explotan en la cara, como pura y simple enunciación vanguardista. Pues la profundidad del dolor y el abismo de la soledad adornan los pliegues de nuestro mar de dudas. ¡Rápido! ¡Arrojen los salvavidas! A salvo en mi torpedera crítica, sólo quiero

advertir por escrito que el poeta logra emocionarme sin mediar sentimentalismos. Y cegado por estas visiones sin envidia, en la ducha diaria, con el jabonoso suelo de los elogios por testigo, aún se me llenan los ojos de lágrimas.

Una mente así, en constante expansión, a ratos inescrutable para los legos, aquellos "*navegantes de mesa, que viven el mar desde la orilla*" como nos tilda cariñosácidamente, es puro rigor ascético donde todo lo leído se olvida texto adentro. Así no vale, amigo, ser cómplice en el secreto compartido a voces por los ahogados y las desvanecidas entre díscolas olas, no se vale. Este libro-océano se derrama en cuentos antaño enterrados por piratas, en damiselas fritas en su salsa que bien baila este barquito manicero de caldeadas reminiscencias, pasen y sírvanse a Homero, Melville, Verne, Moltedo o Cameron en su jugo.

Yo que usted, lector, leería a Víctor Rojas antes de meter la pata en un mar de dudas. A bucear se ha dicho, entonces, con o sin escafandra, eso sí, aguantando la risa, pues tanto se mienta el mar en esta obra que parece mentira todavía seguir braceando desde mi silla de salvavidas esta marea roja.

LA INENCONTRABLE NOVELA DE UN POETA

Reflotamos de la lectura desatenta y la recepción inexistente esta novela. Hace casi quince años que autopublicó Sergio Saldes Báez: "*Natalia y el Loco del paraguas*" (Trombo Azul, 1987) y aún espera sin desesperar el rescate desde el olvido lector. Y vaya si se han perdido de una buena. Pues "*Natalia...*" es novela absoluta en múltiples sentidos: creación de mundos verbales, experimentación formal, referencias estético-culturales modernas. Este laberinto verbal desanda la noción originaria del territorio novelado: la patria lingüística: el patrimonio literario.

Con un gesto absolutamente vanguardista recicla, critica y repoeiza la noción de Modernidad Literaria en nuestras costas. Hoy sus palabras Citadas se vuelven Sitiadas al contacto con un ambiente enrarecido por el mercadeo impreso y las transnacionales de la cultura. Si experiencias índices de los 80tas, como llegar a la adultez en dictadura, estudiar literatura en universidades sesgadas y amar en tiempos de disolución amorosa cobran sentido, más allá de anécdotas redundantes, es por experiencias verbales como "*Natalia...*".

En la Parte I, titulada *La Tradición* se lee: "...yo me siento en estos momentos incapaz, por un lado, de superar lo que es ya tradición literaria: esa intuición del absoluto que buscamos en las palabras..." (sin paginar en el texto, a propósito, como seguro entenderá el lector). Las voces heredadas en círculos concéntricos desperfilan al narrador tradicional: incluso el narrador omnisciente o los heterónimos desaparecen, sólo voces

desperdigadas por los capítulos. Además, los comentarios distanciadores del Autor arquitecturan claramente su nivel de existencia como ficción dentro de la ficción. Así este capítulo queda abierto a la recuperación/superación de la tradición nombrada por el propio texto.

"Yo soy el Loco del paraguas, fui inventado por mí una mañana de sol... y cuya misión en esta tierra es ocultar a aquel que tuvo el desatino evidente de permitir mi entrada al mundo, porque sólo encontrarán caos y sinsentido en la punta de mi paraguas que llevo siempre en alto, abierto pero que nadie ve..." (pág. 29) *Saldes* se desdobra en tres figuras narrativas: Yo que quiere ser otro al enunciar un Tú, quien traerá respuestas. Luego, Natalia *"invento mío"*, figura en clave del discurso amoroso, y por último, un El que los proyecta hacia la narración, abriendo el mundo personal del poeta como un nuevo nivel de sentido de esta obra en progreso; la vida misma del artista adolescente. Perfectamente urdido se presenta el oficio poético como un soñar el viaje/la lectura a través de la ciudad/libro, proceso clave de la poesía urbana contemporánea.

(En)(La)(Plaza) se titula la tercera sección que corresponde a La Palabra, donde el yo lírico-teórico se ubica en el centro de su creación, desde ese emplazamiento el dispositivo dialógico de la consumación o la permanencia juegan su última posibilidad de enmascaramiento, pues se produce la revelación (ya no de sentido, sino de rumbo): *"Qué más que poeta era narrador, te dije yo que pensaba, pero él: que primero: todo artista debería ser poeta, y nosotros que lógico, y segundo: que él era las dos cosas..."* (pág. 54). Estamos en presencia de una novela fundamental del imaginario postdictadura chilena, años que cambiarían el rumbo de nuestras letras.

El Apéndice I: La Escritura "*Y Marcela los recuerdos*" resulta casi autónomo, desprendido de la novela. Puesto que sus juegos tipográficos de corchetes y paréntesis *ad absurdum* van sumando cada fragmento dentro de una totalidad dispersa, sólo logrando coherencia en su pura enunciación: "*Y recuerda que todo se sostuvo con palabras y que a la hora de las revelaciones sólo eso es todo.*" (pág. 65). Imponerse al recuerdo (máxima tensión del realismo) y "evocar" a cambio un lenguaje propio, coloca al desnudo el artificio de toda construcción verbal.

El novelista que no puede escribir su novela o bien, la historia que se cuenta a partir de distintos registros: diario, cartas, conversaciones, etc. son procedimientos denominados autorreferentes, moneda de uso común en la literatura mundial, pero que a Chile llegarían con años de atraso (pensamos en el postboom latinoamericano que casi no nos rozó). Por ello, Sergio Saldes también tensiona nuestra provinciana abulia hacia la novedad artística, contradiciendo de manera impecable la analogía: marespejo (tan queridos a los postalistas), como la imposible detención de la escritura, su fijación: anhelo de absoluto vanguardista.

El Apéndice II: La Historia, la última sección de la novela, rebate la fantasía de compartir la vida con los lectores, por el simple expediente de la autobiografía. La conciencia estructurante de este magma de proposiciones textuales inéditas no inicia un proceso de reificación del pasado (virtualidad transparente asumida como condición posmoderna hoy por hoy), pues mantiene la soledad palabra que gatilla toda escritura asumiendo sin contradicciones (ser joven en dictadura) su reflexión al margen de la participación en la historia reciente, gesto que "recupera" un pathos generacional: cuestionarlo

todo a partir de un acendrado individualismo que se sabe fracasado. El texto se abre, el poeta ahora desenmascarado de la novela, sigue tras el inefable misterio: la Poesía.

Sólo un par de consideraciones marginales. Primero, nos hemos visto obligados a glosar la novela, pues estamos seguros que su nula circulación la vuelve inubicable en universidades tradicionales o cenáculos literatosos, acaso halle eco entre márgenes experimentalistas. Segundo, Saldes ha seguido produciendo una escritura personal y difícilmente comercial ("*Caja de Música*" Trombo Azul y RIL Ediciones, 1996). Pero no ha vuelto a intentar la puesta en texto de otra obra capaz de leerse a sí misma, mediante la autorreflexividad, entendida como una de las facultades críticas propias de la Modernidad. Asimismo, los críticos posmodernos, antes, y los críticos culturales, hoy, tampoco han sido capaces de soportar/sopesar la fuerza desencasillante de esta inencontrable novela de poeta.

Ennio Moltedo, hoy, es figura indiscutida de la poesía porteña. Aunque su voz original resuene fuerte, dentro del espectro poético local, casi no se le ve en antologías, ni se le convida a encuentros nacionales. Pero no crean que se oculta, simplemente desaparece de escena antes de subir el telón.

De mi continua conversación y su socarrona sapiencia he obtenido frutos invaluable para el inoficioso rigor de enfilear palabras. Hay por allí, extraviada en la memoria, cierta foto comprometedor que le muestra flaco y juvenil disfrazado de Shane el Justiciero. Un solitario, desde los bailes para reinas de otras y las mismas primaveras, hasta ahora, que sin moverse de su escritorio viaja acompañado de gruesos lentes y los clásicos de siempre. Suma piedras secretas a su caja negra de poesía en prosa. Vigía de lo que permanece tras el temporal, sus libros se evalúan como tesoros escondidos en el naufragio de un siglo puro desecho.

·Ecuación de vida y obra. Pues al reencontrarlo /reinventamos un autor todavía escondido, célebre entre sus pares, con una obra meritoria y concisa. Por mientras, las playas de invierno se acomodan mejor a sus paseos y el "Bar Estrella" le espera cualquier día de la semana. Desde el mirador de los solitarios decide rumbo y velocidad de las nubes.

Ciudadano alejado de los círculos infernales de las habladurías, nunca trastabilló tras despreciable presea de popularidad. Su silencio es consecuencia de su palabra. Nada tiene que decir la crítica que no toma

el peso de su oficio. Aquí hablamos de un camino difícil, ejemplar. La búsqueda de astillas en un bosque de contradicciones. Y que no salgan ahora con homenajes sin previa lectura o acaso quisieran acallar con aplausos su impagable ocio sagrado. Poeta desde el interior de sí mismo no necesita del espejo complaciente de ninguna publicidad.

Lenguaje secreto en perspectiva de años y esfuerzos, total mutismo por razones estrictas de personalidad poética. La memoria incansable aborda al paseante detenido en la velocidad que le devuelve al sueño de la verdad. Aún no logra su sitio en antologías y lecturas globales, pero avanza respaldado por su profesión de fe por encima de las modas o los devaneos con el poder. Desde "Cuidadores" (1959), "Nunca" (1962), "Concreto Azul" (1967) "Mi tiempo" (1980), "Playa de Invierno" (1985), "Día a Día" (1990) y "La Noche" (1999). Además de su selección de textos "Regreso al mar" (1994) donde reúne pistas para dar con el acertijo de su palabra (o)culta.

"Concreto Azul" (Reeditado el 2002, por el Gobierno Regional de Valparaíso) representa uno de los momentos más altos de la poesía porteña. Desde el título, el autor persigue resemantizar Valparaíso como imaginario lírico y elevarlo hacia una lectura más universal, lográndolo con gran belleza y originalidad: *"IGUAL / Salir a encontrarte por las extensas planicies no es distinto a buscarte entre los cubos de concreto. Buscarte, con amplio horizonte, distinguir tu punto traído por el viento, iluminada ya la cabeza por el sol a tus espaldas, negro semblante para no develar los motivos de la cita, no es más difícil que hallarte después de alzar mil cajas y de apartar colores y utensilios. / Así me paseo por distintas latitudes, así te acecho cada día, otra*

vez de noche, a plena ráfaga, o parapetado tras el muro, la ventana, porque nada cambiará cuando llegues enarbolando el signo." (pág. 43)

Su última publicación, *"La noche"* (Altazor Ediciones, 1999) apareció como recurso de amparo de lectores perdidos ante el Siglo que se viene abajo. Enfrentado al irrisorio espectáculo de una realidad deformada por los medios de comunicación de masas, se aparta de la tontería ambiental, pero esta vez vuelve a la carga. Al manipular esos mismos materiales recientes conmina, ataca o parodia todo aquello que ofende su mirada. Con valentía inusual a una edad donde otros cocinarían memorias, Moltedo asiste al reiterativo derrumbe de Occidente, aquí mismo, a la vuelta de la esquina.

Sus palabras reseñan mejor que las mías esta lección de vida: *"A lo largo de la costa contemplamos, por un hueco, el mar. Una mancha azul. Un descuido. / Se entera autoridad central de impuestos y humos y suspende toda sonrisa y asistencia y dicta instrucciones (léase precisas) para tapiar la ranura y que se sancione con un prohibido más, conforme lo establecen las leyes, las leyes, las leyes: vendaje del país."* (pág. 41)

Tragedia del poeta, pues es su deber volvernos comprensibles ciertas realidades inasibles. Esta vez por obra y desgracia de los poderes fácticos de Pasado y Presente. Luego huirá hacia su soledad esencial, lejos de los tratos sucios del mundo. Meditaciones heridas de urgencia, siempre medidas por el metrónomo de la eternidad. Pues nada apura las verdades soterradas que florecen en cada libro de Ennio Moltedo. Poeta borrado del banquete por propia mano, siempre será bienvenido en la mesa de la poesía.

UN TRAJE A LA MEDIDA

Lejos el mejor novelista porteño. Lejos de la grandilocuencia hallaremos a Carlos León. Mayoría de edad del tono menor tratado con guante blanco de joyero aficionado al ensimismamiento. Este observador impenitente del paso del tiempo tras las vidrieras del Café Riquet se niega abandonarnos a nuestra suerte. Esta condena de seguir viviendo prosaicos y pedestres colgados de los cerros.

Su prosa resulta un nostálgico paseo por ciudades revividas con serena pluma. Arica, Santiago y Valdivia. Entonces aparece Valparaíso. Pero no todos los cerros, ni siquiera el plan o la bahía, aún más alto. La elevada república de Playa Ancha y las peluquerías de barrio, con sus criaturas entre tiernas y tontorronas, agridulces retratos desperdigándose dentro de la ventolera feroz de los tiempos idos tras el aroma de los tilos y la eternamente mordida pero nunca acabada magdalena precoz.

"Las calles, como las personas tímidas, cuando se encuentran se cortan. Así nacen las esquinas. En ellas radica el carácter de las ciudades..." ("Algunos días" 1977)

Maestro en el manejo del desdecir, Carlos León harto bien nos educó con sus medias tintas geniales, esos gentiles modales secretos que solemos advertir muy tardíamente. Su arte de difuminarse tras la frase clarividente o el epíteto que bautiza por primera vez la realidad insospechada de una vida anodina. Bien vale la pena, entonces, volver sobre su apretada centena de páginas más bien escasas. y leer

de un tirón, desde "Sobrino Unico" (1954) hasta "Las viejas amistades" (1956) y agregar "Sueldo Vital" (1964). Donde el registro autobiográfico castiga ridiculizando, sólo un poco, a parientes y vecinos de su niñez.

Un cierto matiz de amargura no alcanza a mezquinar la sonrisa triste que nos brinda la prosa medida de este autor. Ocupado en delinear apariencias antes que personajes, lejano de las ruidosas enemistades literarias (como queda descrito en sus "Hombres de Palabra" (1979) o "Memorias de un Sonámbulo" (1993, libro póstumo) donde cultivó el tono menor de la síntesis tragicómica de la existencia chilena.

"Aparte de los rumores propios del amor, olvidados del mundo, ningún otro sonido quebraba nuestro silencio, pues no hablábamos. Sobraban las palabras. La dicha casi no las necesita." ("Todavía", 1981)

Una mezcla difícilmente igualada de recuerdos personales y sensibilidad exquisita recrean el universo inalterable de su novela de amores adolescentes "Todavía". Pues sabe que el enigma de nuestra idiosincracia se encuentra tirado en algún cajón de sastre de la inmensa humanidad mediocre, aquellas historias que gustoso coleccionaba a modo de tragedias minúsculas oídas al pasar.

"¿Quién es Carlos León? ¿Dónde vive? ¿Qué hace?... Quisiéramos conocerle y preguntarle ¿Trabajas? ¿Sabes que eres un intrínseco e insoslayable escritor? ¿No te quedarás como tantos de los jóvenes escritores con unas pequeñas páginas aunque extraordinarias, largamente olvidadas después por la inacción?" (Pablo Neruda en 1954).

Más de una vez, el propio novelista contestó la pregunta indiscreta por infidente, ¿qué era Valparaíso para él?

"Un traje a la medida" fueron sus palabras exactas. Por ello, invito a desoir al progreso estereofónico, y sólo por esta vez, desandar este paseo, sin esos audífonos aislantes y releer a uno de los clásicos porteños. Así con minúsculas, por favor, para aligerarle de tanta solemnidad que no le combina.

Y SI NOS DEJÁRAMOS DE POESÍA ¿QUE?

Quiere este atardecer que me detenga. Heme aquí detenido, en mezzo del camino entre Viña y Valparaíso. Atardece como en las postales, esa desmemoria torpe y lucrativa, pero conservo en la mía cierto paisaje de nucas cabeceando, un microbus Central Placeres repleto de bobo contento radial, mientras trato de leer poesía porteña, de exportación. Hace años que voy y vuelvo y la revuelvo por sus territorios, inclusive distingo autores, casas, bibliotecas y cocinas. Son varios los conocidos, pocos, mis semejantes. Uno de los menos que suelo visitar, Ignacio Vásquez, siempre me ha regalado con su amistad. Aunque ambos sabemos que un plato de lentejas no compra la lealtad entre hombres de palabra.

Su primera publicación: "*La Margen*" (Ediciones Altazor, 1990) fue libro secreto desde su publicación y aún no rompe sus votos de silencio entre la crítica autorizada y los escasos lectores desprevenidos. Incluso, escribí -hace ya una década- un comentario que hoy, corregido y disminuido, como exigen el tino y la economía, restituyo de la fosa común de la prensa local. Este poema extenso, dividido en *Tamos* y *Márgenes*, coloca frente a nuestras narices, la urbe baudeleriana. Pero aggiornada con el encanto tercermundista, que en vez de paseantes y boulevares, le lleva mendigos y sitios eriazos. Allí Vásquez halló materiales para una poesía trascendente, preocupada de atisbar por la fisura exacta, las *rajas de realidad* como las llama Artaud, al ser que "*acontece total y absolutamente invisible*".

Nos inmiscuye su búsqueda de "*la virgen mundana*" por espacios devastados donde asistimos al deslumbramiento que la innombrable provoca en el poeta. Quién no se ha visto tentado por tales ordalías. Sentada frente a mí va la muchacha sonriendo a todos y a nadie en este bus, regalando su dicha a las calles sin nombre, así pues, pura y simplemente me emocioné.

Vásquez reconcentrado como un profeta caído en desgracia, a la manera de los personajes beckettianos, esos homeless con su carrito de supermercado repleto de exquisita basura. Grotesco hablante que nos impone "*la entumecida virgen / recortada sobre / el fondo del bidé*", cual Venus finisecular nacida del oleaje de Las Torpederas.

Se inicia la danza veneciana por esta ciudad-multicanal, voluptuoso el hablante que se desviste de sucesivas máscaras (de mendigo nihilista a lumpen politizado o bien, empleado de pacotilla) su palabra va recobrando una sensualidad en estado salvaje, pues "*la casta/la desnuda/la boreal luminosidad/nos va dejando ciegos...*" guiándonos hasta atrás de la realidad. En ese volteadero el Lector será seducido por los gestos periféricos de un discurso a contramano de la usanza lírica; allí resuenan ecos de la lección bien aprendida por Maquieira, Harris o Zurita, por nombrar sólo poetas chilenos, que se cartean con la sagrada oscuridad.

Aumenta unos grados la temperatura en Villa Alemana. Acaso sea la primavera y su alergia, pero ni siquiera el tiempo, desprevenido, que mira hacia otra parte, me ausenta del instante que leo. Aún releo poesía. Llegó a mis manos "*El Lento Amor de la Nieve*" (Serie El Trapecio, Ediciones RIL/Trombo Azul, 1995) que continúa una indagatoria quemante en manos del incrédulo lector

de versainas porteñas: la condena cristiana, la culpa judía, la moral católica son problematizadas por una palabra bajo presión que no rehuye las operaciones lingüísticas con más de una incógnita.

Hablamos de la siniestra "*Patria de Dios*", que no es otra que esa Babel con la lengua entumecida de estupefacientes que posa para la foto velada. Esta segunda entrega de Vásquez ha planteado la duda razonable de un desperfecto en las cocinerías del cielo donde habitamos. Ese que otros denominan el Liberalismo después del Capitalismo, la Sexualidad de sauna después del Erotismo de salón, el Complicado Cautiverio después del Complejo Albedrío. Aquí el hablante con más años en el cuerpo un envejecido Yo suburbano se la juega todo a perdedor. "*Yo dilapidaría esta entrega/ por algo menos permanente/ por el coñejo que sale de una chistera/ (por ejemplo)*". La cartita bajo la manga sigue siendo insuperable, la emoción cierta de saberse *los oscuros trabajadores* del taimado Rimbaud.

Poetas, no magos ni predicadores, palabreros eso somos, y el resto me lo callo. Pero también, lectores. "*Porque quién es el responsable/ dentro de los horizontes de Dios/ cuando te cortan repetidas veces/ el mismo tajo/ o te anuncian/ una misma muerte*". ¿Leyeron? ¿Y después de leerlo darían candela a todo lo escrito hasta este minuto? Otro gallo cantaría en nuestra sangre si tanto "poeta joven" dejara de atormentarnos con los efluvios de su alma espinillenta. En la calle del mal, Ignacio Vásquez se ha parado al medio del tráfico de almas y denuncia este borracho espectáculo para gusanos que nos mantiene atrapados. Venga y léalo usted mismo.

NARRATORÍA PÚBLICA: TRES LIBROS AUSENTES

En el citado pero cada vez menos leído Banquete platónico, los poetas han quedado bajo la mesa, ¿pero qué suerte correrían los narradores secretos? Nunca se supo. Tampoco les importa, pues ellos hace tiempo saben que su oficio no es un afán, que su voz, inclusive, no es importante. Ellos se conforman con salir bien parados de la historia, la crónica, el testimonio.

Valparaíso ha sido retratado por novelistas desde antaño, ellos sin saberlo casi, han inmortalizado esta ciudad. Recordemos los nombres señeros de Manuel Rojas, Joaquín Edwards Bello, Augusto D'Halmar, Salvador Reyes, Benjamín Subercaseaux y Carlos León. La otra lista de ilustres olvidados por las historias literarias es demasiado larga. Más nos vale pasar veloz revista a tres obras, hasta aquí, obviadas por la crítica corta de entendederas.

Sergio Escobar (1930-1970) poeta, narrador y profesor dedicado a rescatar poetas y pintores de los cientos de liceanos que nunca supieron con la chicha que se estaban curando. Pues publicó sus obras experimentales, gozando de una reputación de excéntrico, apenas tolerado por sus pares menos atrevidos de la sociedad de escritores quietos. Destacamos: "*Cinepoemas*" (1964) donde los textos transcurren Matiné-Vermouth-Noche, intermedio incluido, incorporando lúdicamente la cultura de masas a su fina poesía.

"*Aquel tiempo, esas enajenaciones*" (1968) son relatos fantásticos que mezclan el realismo mágico de

García Márquez con el horror cósmico de Lovecraft situándolos en la geografía de Valparaíso. Una prosa suelta y delirante única para la época que olímpicamente le ignoró. En cambio, Skármeta y Domínguez fueron premiados por ese mismo ánimo transgresor.

Notables resultan los relatos del hombre que se convierte en vegetal esperando a su amada o la pareja de amantes acorralada por los mecanismos de seguridad de una ciudad, que les impide perpetrar su pasión. Curioso caso de un autor dotado de gran imaginación y audacia para componer un estilo universal, pero empeñado tan sólo en retratar su provincia.

Alfonso Alcalde, conocido por muchos después de su muerte, estuvo cercado por la mala suerte del artista. Editores sin visión, premios esquivos, amigos tan pobres como él mismo. Esos mismos críticos que ayer le ignoraron hoy llenan de elogios su tumba.

Su maestría para retratar el alma popular viva y cambiante se refleja en sus narraciones con total lucidez. Oído atento y pluma veloz hacen las delicias de los lectores que nunca han padecido a esos maestros chasquillas, poetas del decir la cosa niuna para esconder su nulo oficio, que campantes chacharean mientras destruyen de paso una casa del barrio alto.

Nos referimos al *"Sentimiento que te dí"* obrita maestra de relatos publicada en Ediciones Universitarias de Valparaíso, en 1972. Allí aparece la figura de Cristo travestida en obrero caído en desgracia, pues El crucificado escucha cómo sus dos acompañantes se mueren de risa, literal y categóricos, sin culpa alguna.

Un enano enamorado, un mar celoso, una gaviota jubilada, un caballo chocarrero y unos maestros

chasquillas del demonio, más parecen una tropa de vagabundos, pero se las arreglan muy bien para aclimatar a Chile, la locura circense y surrealista de Fellini, sin perder un pelo de gracia y coloquialismo del bueno.

Gonzalo Ilabaca cuelga sus pinceles por una larga noche y se lanza a retratar por escrito la poesía que brota de los lugares y los personajes cotidianos convertidos, por obra y gracia de un ojo entrenado en el maravillamiento, en seres únicos e inolvidables. Su "*Valparaíso Roland Bar*" (1995) son retratos hablados del puerto de la fama y el olvido.

Prosa única, sin pretensiones de profesionalismo, pervive en nuestra memoria como cartas de amor a una ciudad que no supo cuándo envejeció de golpe. Allí está el sueño de Madonna relatado al profesor Nostradamus. Alvaro Peña, pionero del punk chileno. Cali el poeta. Y tantos otros habitués del Roland Bar que cierra su última noche de bohemia.

Los Duncan saben de estrecheces y los peligros que conlleva la vida del artista, pero los superan soñando en familia. Escriben poemas o pintan un auto viejo, duermen como gitanos y despiertan convertidos en príncipes de naipes.

Si todos plantásemos árboles autóctonos, si todos criáramos niños bellos, si algunos pocos escribieran más libros como éste del pintor Ilabaca, estaríamos a flote y no a medio morir hundidos. Leer este libro amable de la fauna porteña es anclar un día y para siempre en Valparaíso.

Porque la vida del cronista, el historiador o el testigo se entremezcla con la fábula, la ficción y la fantasía,

muchas veces de largo aliento. Guardemos atento silencio y oigámosles revivir nuestras vidas entre sus palabras que cuentan para todos. Esa palabra colectiva proveniente de la épica que sobrevivirá, mal que les pese a muchos habitantes del Bar de la Poesía.

MUDANZA NO VIAJES

INFINITO LEJANO. El mundo que se abre
al lector es un mundo de posibilidades
que se abre a la imaginación. El mundo
que se abre al lector es un mundo de
posibilidades que se abre a la imaginación.

La imagen primera escrita se destaca sobre
el espacio que la escritura genera tras el gesto de
cada letra. Recuerda que el dibujo escrito
se abre en nuevas ideas nuevas.

Aprender a escribir es aprender a pensar. Aprender
a escribir es aprender a pensar. Aprender a
escribir es aprender a pensar. Aprender a
escribir es aprender a pensar.

Pensar es un acto humano. Aprender a
escribir es un acto humano. Aprender a
escribir es un acto humano. Aprender a
escribir es un acto humano.

MUDANZA NO VIAJES

La mudanza es un acto humano. Aprender a
escribir es un acto humano. Aprender a
escribir es un acto humano. Aprender a
escribir es un acto humano.

La escritura es un acto humano. Aprender a
escribir es un acto humano. Aprender a
escribir es un acto humano. Aprender a
escribir es un acto humano.

La imagen primera nunca se derrama del todo. El regusto que la memoria golosa trae al presente tiene aire de capricho. Rompecabezas que el deseo encajará a fuerza en nuestras ideas sueltas.

Aparecerse en corredores a oscuras, antiguos rostros desaparecidos no sin lástima, olores conmemorantes, gestos festivos de otras noblezas que obligarían a llorar en patios traseros.

Pensar entre infantil y adulto un mismo libro en idénticas manos avejentado. Secuela de venenosos filtros de amor primerizo no logran paralizar del todo esta torpeza, su rubor y la infinita carencia.

Infancia atiborrada de gruesos volúmenes, amarillentas páginas, huímos por escalerillas hasta el ático, hacia árboles de viento, dentro de la noche estrellada.

Lectura interminable para nuestras medidas de entonces, sin parar mientes en la tristeza que se iba colando a la escritura. Vana visión, desapareces sin dejar más rastro que esta amnesia recuperada a destiempo.

Si despierta cierta noche en una casa que no reconoce, con un cuerpo ajeno (no alcanza a aterrarse por parecerle familiar) y aún luce esa sonrisa del niño acuchillado que fue, no se alarme. Ingresó al impalpable territorio de las nostalgias.

Viejas seriales blanco y negro. Arqueología del pasado reciente. ¿Se acuerda del hombrecito blanco dando torpes saltos en la superficie lunar? ¿Dónde exactamente se encontraba usted? Quizás la respuesta sea la misma para todos: allí, cara a la pantalla, víctima de la felicidad.

¿Y por qué no recordar, *hic et nunc*, aquella irrepetible vez que la serial seguida semana a semana con fervor le hizo llorar de risa, sin adivinar siquiera, que jamás volvería a ser tan feliz, tan simple y desprejuiciadamente feliz como lo fue aquella solitaria vez?

Soldados, vaqueros, policías, perros sabios, monstruos del espacio, niñas traviesas, superhéroes ridículos y el río infinito de onomatopeyas, carreras, golpizas, gritos y vuelta a las persecuciones sin fin de estos "monitos" que me visitan esta noche, ante mi atónita mirada, ennoblecidos por la desgracia de no envejecer nunca.

PROPINA PARA MESERAS

Antes de marearnos del todo y salir dando tumbos de estas notas garrapateadas en una servilleta, saludemos a las meseras. Aquellas enfermeras del alma de los parroquianos. Siempre distinto pero idéntico mal. Olvidar que es pasarlo bien.

Y no hablemos del deseo reprimido cuando se alejan insinuantes, porque no podemos obviar sus rostros devastados, sus sonrisas agrias o sus cuerpos huyendo irreparables de la juventud, justo a la hora de salida.

¿Entonces, qué nos empuja noche tras noche hasta sus mesones? ¿Recostar nuestras confusas cabezas sobre sus delantales para ganarle un respiro a la muerte? Su presencia junto a la barra sostiene este delicado equilibrio.

¿Cuándo hallarán estas mujeres sin horas de colación y propina injusta el poema que las corresponda? La pobreza de mis elogios sólo se equipara al rutinario don de lenguas de un ventrílocuo.

No escuchamos sus historias renunca. Estamos hasta la coronilla de lances económicos o sexuales que repletan esta mesa de los despechados. ¡Qué importa! Si ellas, fieles hospederas, siguen aliviando nuestra sed de infinito.

Viña del Mar es como un relato de Scott Fitzgerald: el fin de una forma de vida. Valparaíso, un cuento de Hemingway: realismo crudo al por mayor. Las vidas de ambas ciudades jamás se tocan ni se encuentran, como la oruga y la mariposa que no se saben partes del mismo ciclo.

La indiferencia gozosa le calza perfecta a Viña del Mar. Valparaíso nunca arroja de sí sus demonios: la nostalgia y la miseria. Pero ambas ciudades contempladas bajo feroz canícula, resultan muertas en domingo. Son imágenes provenientes de un *flaneaur* aburrido, sin rumbo fijo.

El puerto conspira, la traición agazapada resuelve el enigma: mira, pero no toques nada. En cambio, el balneario se exhibe impúdico, atrapa al turista en su blanda fragilidad. Ambas ciudades ponen a prueba a los advenedizos. Mientras una suda, la otra moja. Aquí se está a oscuras, allá se vive congestionado. Una ciudad en mangas de camisa, la otra oculta tras gafas oscuras. Ridículamente iguales los domingos, esos minúsculos finales de año al filo de la semana. Ambas sudan cinismo y caída. Ciudades acomplejadas, fuera de forma, aterradas con la llegada de las lluvias.

APARICIÓN DE LA LLUVIA

Cruzar la avenida bajo un cielo amenazador. Desiertas calles que luego se llenarán de pozas. Los inmensos árboles han roto la calzada y levantan el cemento con sus raíces impúdicas. El viento húmedo va y viene empujando un aire cargado de electricidad, dentro de bocas que se abren: molestia, sorpresa, regocijo. Caen gotas de la primera lluvia.

Ahora vamos mojados hasta dentro de los zapatos. Pero aún no es invierno. Aunque la ciudad parece sumergida en un acuoso desamparo. Al instante debemos archivar nuestro inventario de escenografías que no alcanzó a estrenar el verano: roqueríos, sol y espuma estallando al unísono, festejos de aves marinas. Poca cosa.

Una simple lluvia aquí no alcanza a ser noticia. Invierno, le dicen a la tempestad con sus naufragios a cuestas, cirquero pobre que equivocó la temporada. Un barco fuera del agua debe agradecerse como espectáculo gratuito. Bastó mal tiempo y buen golpe de temporal ¡Helás, el Nostromo!.

Envuelto en fiebres, anestesiada mi computadora, dejo escapar la vista hacia los cristales incesantemente lavados por lágrimas de antiguas amantes. Por catarro hállome preso en la subjetividad, al fin dejé entrar el invierno en mí.

AMARGURA FESTIVA DE LA MOSTAZA TRAJO LA MOSTAZA

Voy a decirlo de frente, sin asco, voy a elogiar la mostaza americana, la más barata. Sin siquiera asomarme a la vitrina de exquisiteces, desdeño así la pasta oscura inglesa o esa casi transparente materia prima de Burdeos.

Hablo aquí del inconfundible sabor de la mostaza más recia. Nunca igual a sí misma, eficiencia pura en su rol de acompañante. Ya sea del casto arroz o la lúbrica vienesa.

La verdadera mostaza se compone en partes secretas de vinagre, miel, arándano, hinojo, amén de generosos granos de la mostaza más pura. Ellos confieren elegante distancia y pagana sazón a esta ruda delicia.

"*Semilla que arde*" la bautizaron los latinos quienes la descubrieron junto a la aguda presencia de la sal traída desde las costas africanas, en su incesante comercio con factorías fenicias.

Tiene la mostaza para quien la prueba un secreto ardor de purísimo placer. La medianía precisa que va del gozo al tormento no hallará la punta de la lengua en ningún otro yantar. Y no se hable más.

CUENTO DE HADAS CIBERNÉTICO

Las virtudes de los vicios suelen pasarse por alto al enumerar sus desventajas. Pensemos en los avances tecnológicos. La violencia ejercida sobre nuestra vida cotidiana por incesantes adelantos científicos. Buscarle, entonces, la virtud a la manipulación visual, auditiva y sensorial que proviene de la computación, parece desoír el propio consejo. Pero ya estamos dentro de la realidad virtual, un espacio tan vasto e inagotable como la realidad, que creíamos única, y a la que estábamos tan acostumbrados a habitar y ya. Las imágenes digitalizadas guían nuestros impulsos cerebrales y estamos en "el aquí y el ahora" que no existe en ninguna parte, sino en una red consensual que cubre al planeta.

¿Se imaginan a Kafka paseando por las calles de Praga? Y ustedes junto a él, sosteniendo una simple charla casual. Su reacción sería de asombro y luego de sospecha, pero debemos reconocer que no existe truco alguno. Pues estamos en presencia del Kafka virtual. Esto, a mi fanático parecer, bien merece los consiguientes vicios tecnocráticos. Dichas posibilidades son infinitas y fantasiosas. He aquí un nuevo umbral. ¿No es acaso este misterio maquinal menos fascinante que los otrora límites del mar? Los poetas, aquella raza que se niega a la evolución y prefiere su exterminio, también debiera darse por enterada. Y como aquel niño de Charleville no tener miedo de mirar de frente a este nuevo Mal.

DOBLE ELOGIO DE LA FOTOCOPIADORA

Gutenberg ni siquiera sospechó que las fotocopiadores solidificaron su sueño de un mundo impreso. En la actualidad, cuando el espionaje industrial abunda y la inconsistencia de los derechos de autor es una triste verdad, esa despiadada economía plagaria hace las delicias de los países tercermundistas.

Las para nada inocentes fotocopiadoras han democratizado el consumo, cierto, igualando el acceso mayoritario a las inalcanzables novedades de la letra impresa. Esto lo conocen mejor que nadie los estudiantes chilenos. Quienes lucharon por el ejemplar único en biblioteca o peor, sucumbieron ante el altísimo precio de los textos de estudio.

Descaradamente, sea por recortes de economía o no, hoy se fotocopia todo. Desde el documento notarial hasta la receta una y mil veces perdida. Se supo de una fotocopia que devolvió la identidad al portador, reconfortó al genio que creía perdidos sus originales, acercó al impío a la oración. Hasta es posible que en este mismo instante asalten bares y cantinas con sendos poemas fotocopiados.

De ahí a la instauración de la fotocopia como vehículo natural de jóvenes creadores, era cosa de apretar un botón. Por lo mismo, nadie deberá asombrarse si en la siguiente década, los primeros escarceos literarios del futuro Nobel chileno circulan en fotocopias extraviadas en este siglo que ya apagó su luz.

SEPARE SUS JUGUETES

La invitación de un antiguo cartel publicitario me lleva a pensar en la ciudad como un infinito desván donde abandonar los gestos de otra edad. El cansancio de dar cuerda, la polvareda que levantan mis pies diminutos montados en un palo de escoba. Curiosos gestos carentes hoy del más mínimo sentido.

Cada suspiro que escapa de nuestros labios, no canta sino lamenta el envejecimiento del aire. Ese misterio atroz. Tarde, hemos llegado tarde desde siempre. Los rostros del pasado no pueden reconocernos, las sombras futuras continúan negando nuestra tardanza. ¿Y a esto llamamos ganar experiencia?

Nuevas amistades, actuales diversiones, recientes placeres. Toda novedad supone pérdida de viejos ceremoniales. Allí donde hubo miedo pero también, gozo. Hoy habrá quietud y tedio. Nadie se embosca a sí mismo, sin la presencia de curiosos. Desde ahora reinará la confusión.

Doloroso placer éste de deshilar las partes sensibles de nuestra memoria. Ahora el que lee piensa, esto no me incumbe. Distractores, barreras, cortafuegos. Nada es inmóvil, recuerde, si permanecemos el tiempo suficiente, el rostro más odiado se posará frente al espejo, mientras aún sonrío.

CERRADO POR BALANCE

PENSAD EN EL GUSANO

Anguita se angustia, cada vez que su nombre se corrompe un poco más. Porque un poeta reconcentrado en el Verbo, no pierde tiempo con tanto palabrerío suelto. No le mientan al lector con palabrejas fúnebres tales como maestro ejemplar... Mentiras que no figurarán en tan alta conversación con su creador.

Ha muerto el más fiel lector de Huidobro. El último de sus amigos ha pasado como un ángel fijo entre líneas. No se consuela mi lectura con el tiempo apremiante que huía, ni se refresca el seso con "aire de más rigor". Anguita muere al tiempo con su voz, pero a un mayor cielo se elevan los ojos del lector.

"La muerte es la suma infinita de la vida/ Y la vida es la suma infinita de la nada" repite sin agotar tan trascendental notación. Aunque imperceptible, el desgaste de la credibilidad lírica, corroe. Y es que ciertas sonrisas descreídas en televisión dañan más que el ácido. Y no es alarde retórico si decimos que acabó el oficio de poetizar el momento que cavó su voz.

Caso omiso de las formalidades del mármol, aún escucho latir su sien. Si enterarse de la pérdida de un poeta mayor, contrario al sentimiento permitido, se es rebasado burdamente por el ruido atroz de la nada. Ese ámbito que no se oculta ni oculta otra cosa que el vacío mismo. Irreparable, lo que la palabra adiós.

Hasta aquí llegamos, entretenidos por las palabras, Godofredo lommi. Particular oficio éste de haber sido escogido al azar por las furias del lenguaje. Ya no puedo comportar novedad a su oído, pero escuche: le hemos negado. Y se acabó. Este país no merece a sus poetas, repetimos sin saber. Mantenerse a la gira del lenguaje comercial, nunca aparecer en marquesinas de truco. Ya se sabe. Los poetas desmerecen un país como éste.

Usted dijo una vez: *"los poetas buscan su heredad"*. Adelanté así páginas, la experiencia dibujó mapas imposibles de vidas pasadas. Si ahora me lo permite quiero saludar al errante, al causante de tan errática gesta. Tener o no tener voz.

¿Quién fue, entonces, el poeta lommi? *"Su misión es autónoma e indestructible porque es necesaria. Pase lo que pase, la fiesta continúa. No tiene nada que temer, y aún si lo peor ocurre, podemos estar seguros que otros horribles trabajadores vendrán'..."*. Pues continuamos la tarea de hollar tales pisadas, continuidad de la línea de esta mano dispuesta hacia el futuro.

Trazar sobre la arena, alzar al viento las palabras. Fundando el error y su ceniza: Amereida. Travesía que desemboca en el apuro de decirlo todo, no bastó premura, callar no basta. No nos habíamos fijado en lo cruel que resulta la palabra poesía. La palabra muerte en labios del poeta.

MESA SERVIDA PARA ASTICA FUENTES

La poesía, ese misterio apuntalado por palabras, nos enfrenta cara a cara con nuestras alturas y miserias acá mismo, en Valparaíso. Nos reconforta y nos aturde, sumiéndonos en continua lectura que no cesa ni se apaga. Luz junto a la ventana en pleno invierno.

Los afanes y desvelos de autores porteños se entrecruzan al paso del lector, que bien puede reconocerlos junto al paisaje costero. Allí encontraremos, por fin, al infatigable poeta civil, Manuel Astica Fuentes, tomándose un respiro en el cementerio de Playa Ancha. Activista cultural, residió en Valparaíso desde 1938, hasta su muerte en 1996.

Sólo cuando tenía 82 años publicó su primer y único poemario: *"El Libro de Horas y Aguja de Marear"* (1988). La diurnas autoridades de Valparaíso le concedieron el Premio Regional de Literatura, pero la secreta cofradía de los habitués de bares le habían cedido los destinos nocturnos de la ciudad.

"¿Acaso inútiles son los recuerdos que guardamos/ en los sitios silenciosos del espíritu/ donde duerme, dulcemente lo pasado/ un pasado que despierta entre el polvo del olvido/ cuando buscamos el tarugo necesario/ para arreglar la mesa que cojea?" Recordamos de memoria un fragmento de su más bello poema, quizás, el mejor estandarte para desfilar en memoria de los poetas muertos.

Raros tiempos para encuentros notables. El poeta Enrique Gómez-Correa, hasta ayer único sobreviviente del movimiento surrealista chileno, ha muerto. Lúcido, humorista terrible, no se cansó de revelar el umbral de lo secreto a poetas recién llegados de provincias, en su escondida casa del aristocrático Santiago antiguo.

Postrado más de una década por cruel enfermedad, rememora, lee y corrige la que sabe será su última obra: *"Las cosas al parecer perdidas"* (Universidad de Valparaíso-Ediciones, 1994). Vida dedicada a la *"poesía, amor y libertad sobre todas las cosas"* como anunciaran en el primer número de *La Mandrágora*, órgano oficial de la belleza revulsiva que tanto requerían los surrealistas.

Escucharle, hoy fallecidos los tres, enaltecer la amistad con Baulio Arenas, quizá el más literato de los surreachilistas y la doliente expulsión-despedida del otrora dandy, Teófilo Cid, recomponen líneas silenciosas de poesía rebelada.

La tradición literaria universal que damos en llamar Surrealismo, movimiento estético tan natural como el Barroco o el Romántico, volverá irrumpir cualquier lugar día. Allí encontraremos a Enrique Gómez-Correa aspirando desde su ojal, la flor de la Mandrágora, crecida al pie de los patíbulos sin tiempo.

LA MANIÁTICA REALIDAD

Adolfo Couve, singular escritor residente en Cartagena cuando no estaba dictando su cátedra de estética colocó las cosas en su justo lugar. La literatura trascendente, aquella que se inscribe en el tiempo, recién se reencontraba con el buen gusto y perdió sabor de golpe. Por propia mano dejó de escribir, Adolfo Couve.

Coherencia de estilo límpido y forma ceñida hasta el ahogo; fórmula personal que muy pocos autores pueden argüir, son cualidades intrínsecas de su reducida producción escritural. Al esquivar con mano maestra los escollos de la retórica complacida en sí misma, trama sus historias al filo de vidas anodinas con total acierto.

Su prosa tersa y vibrante de resonancias europeas puede aburrir al lector de noticias frescas, pero sumidos dentro de sus atmósferas decadentes, atesoramos sus personajes por siempre entrañables. Atormentadas almas infantiles, el devastador paso del tiempo en los rostros femeninos y la inconsolable pérdida de la felicidad son sus materiales narrativos.

Un autor desautorizado por el aplauso sensacionalista, ése que sólo espera volteretas y caídas, nunca ocultó su desdén por la literatura patria. Por ello, se asomó inconmovible y veraz al inframundo chileno. Hurgó los recovecos de nuestra idiosincracia sin piedad, con apenas su maniático realismo en sordina. Mientras, el ruido de los aplausos ajenos lo empujaba fuera de este mundo.

UNA VEZ EL AZAR SE LLAMÓ

JUAN LUIS MARTÍNEZ

Juan Luis Martínez nunca se cansaba de recibir poetas, cualquiera fuese su plumaje, soportando con humorismo rarezas de la zoología que caían por la Librería Gandhi. Porque él era a su vez, rara avis en los ramajes de nuestra poesía.

Solía brindar a sus escasos amigos con gélidos vasos de agua pura. Esa transparencia hablaba de otra realidad, la enferma, su única lucidez posible en aquellos tiempos para leer entre líneas.

Así, sin quererlo o sabiéndolo secretamente, separó las aguas de la criolla *poësis*, en un antes y un después de "*La Nueva Novela*" (1977), regalándonos de paso, ese ataúd tallado a la medida que es "*La Poesía Chilena*" (1978).

Poesía cercana al non sense carrolliano, incluidas sus propias Alicias: Elianita sonríe tras grandes gafas oscuras, mientras Alita y María Luisa corretean al gato de Cheshire villalemanino. Fueron tardes de gozosa charla iniciática.

Más conocido fuera que dentro, los jóvenes poetas de ese ayer reconocimos en aquellos "vie-vie-viejitos", las señales de ruta de tan querido hermano mayor. Su ausencia aún brilla en este imaginario país a oscuras.

POLAROIDS PORTEÑAS

VISTAZOS A LA POESÍA DEL PUERTO: ORIGEN DEL MITO

Anulemos so riesgo de revelar el rollo cierta tesis recalitrante, esa Postal puesta en boca de turistas, que sostiene un Puerto hechizo; tesis pura nostalgia que se vuelve insustentable frente a la miseria ambiente. Pues, sin dilapidar la primera piedra al no estar libres de culpa, sólo adelantaremos que Valparaíso *no* es esencialmente más poética ni más mágica o más entrañable que cualquier otra ciudad chilena.

La poesía porteña toda, hija legítima de la tradición inclusive la más experimental como toda literatura de provincias que se precie, ha contribuido a deformar un paisaje en la rutina mental de los lectores: personalísima geografía que encierra más de mundo interior que espejo verídico del Valparaíso finisecular. Misma y diversa visión que las recientes promociones de poetas atestiguan con inequívoca pertenencia a ésta y no otras "orillas del planeta".

Convengamos que los escritores de Valparaíso (por extensión lingüística y también por flojera histórica, llamaremos así a la literatura de la Quinta Región) no desconocen el infaltable homenaje al Puerto, mas lo trasmutan en velada sugerencia, jamás chovinismo. He ahí una diferencia de fondo & forma con esos "poetas de domingo" que agreden al lector con postales coloreadas de *tan* buen gusto.

Pero entremos en materia y fijemos un necesario pie de imprenta en este puerto de arribo. Aquí, no resulta ocioso recordar innúmeras voces autorizadas o no, residentes, simples paseantes o visitas ilustres que

han impreso, no pocas veces, sus mejores versos para exaltación de la ciudad. Por intención/extensión de estas notas, los que "declararon su amor" a Valparaíso desde lejitos quedarán fuera de estas páginas.

Antes de navegar por mis antojos, unas palabritas. Seguramente silenciaré a decenas de plumas que habitan bares y ascensores, permaneciendo en antesalas de senados o cenáculos, que bien merecían su aparición por estas páginas. Y no están. Acepto la responsabilidad. A nadie interesará tabulación exhaustiva ni catastro infinito. Sólo quise consignar las voces más equidistantes del funcionario literatoso o del paisajista sin fondo. Tarea, aunque no lo merezca, más ética que estética en estos infiernos de provincia.

Revisemos las cartas de navegación para negociar una ruta de bifurcación necesaria a toda deriva evolutiva. Otra vez salto olímpicamente datos históricos y demás letra muerta. Hablaré de pulsaciones emotivas, homenajes de lectura atenta. Actores presentes o bien, ausentes de la Película Valparaíso. Siempre en rodaje.

Ahora sí, al iniciar esta travesía textual, dos son los puntos cardinales visibles de estas cartas de navegación: Manuel Astica Fuentes (1906-1986) y Guillermo Quiñones. Ambos pueden contarse entre los escasos poetas-amigos-compinches de Pablo de Rokha.

Astica Fuentes, charlador infatigable, siendo cabo guió la sublevación de la Armada, allá por 1931. Este gesto épico e inútil, por ende, poderosamente poético, seguirá siendo su aporte a la fundación del imaginario porteño. Además, quisiéramos rescatar íntegro su memorable *poema menor*.

Para arreglar esta mesa

*Para arreglar esta mesa que cojea
esta mesa en que como y en que bebo
en que escribo y en que leo
esta mesa que se le zafó una pata
y donde a veces, ya atardecido
tiendo rústica carpeta
para algún juego de brisca rematada
con amigos y compadres de mi barrio
que, entre sota y rey, caballo y reina
entre bastos, entre oros y entre espadas,
levantamos como triunfo nuestras copas
colmadas de amistad.*

*Para arreglar esta mesa
los tarugos he buscado
en el polvoriento cajón de los tornillos
y los clavos mohosos y torcidos
donde se guardan olvidados
el tarro de la cola reseca,
el vencido alicates
y el martillo de cabeza desmochada,
el serrucho de dientes desgastados,
la lienza añadida con nudos marineros
que alguna vez hizo bailar los trompos de la infancia.
He encontrado de todo...
de todo cuanto en otra parte no se encuentra
botones y oxidados prendedores de modas ya
pasadas,
viejos tenedores desdentados
el varillaje marfil de un abanico
con jirones desgarrados de sus sedas
que ocultó las sonrisas coquetas de mi abuela,*

espejos rotos, antiguas lapiceras fuentes ya obsoletas,
juguetes de lata sin sus ruedas
ni sus cuerdas, ni colores,
un estuche de antigua geometría
en sus nidos de terciopelo viejo y carcomido
para el compás y el tiralíneas,
ese tiralíneas tan inútil, tan inútil
que jamás me funcionó o lo supe utilizar;
el enredo amarillento de un zig-zag de metro roto
que estirado ya no mide siquiera ni una vara,
la cabeza de yeso de una imagen degollada
que mi madre tenía por santa y milagrosa,
un gato de felpa, apolillado,
una pierna de tijeras, y un rosario de azabache
el mismo que guió los rezos en familia,
con sus corridas de casa destruidas,
y al que sólo le restan, mutilados, los misterios....
Pero el tarugo, el tarugo no lo encuentro
perdido y confundido
entre tantas cosas dispares y menudas,
tanta cosa ahora inútil y olvidada
¿inútil? ¿por qué inútil?
¿Acaso inútiles son los recuerdos que guardamos
en los sitios silenciosos del espíritu
donde duerme, dulcemente lo pasado
un pasado que despierta entre el polvo del olvido
cuando buscamos el tarugo necesario
para arreglar la mesa que cojea?

Bellísimo poema de 1973, donde aún no finaliza su eterna partida de brisca rematada. También destaca su activa participación societaria, pues a pesar de haber publicado poco y espaciado, sus colegas recuerdan al

poeta Astica Fuentes como una figura legendaria del Valparaíso que ya se fue.

Guillermo Quiñones (1899-1982), en cambio, rotundo de opiniones, jamás publicó libro en vida y se las arregló para ser recordado por su notable "*Balada de la galleta marinera*" (1967), largo poema en versículos, capaz de sostener ritmo y pathos fundiéndose en una atmósfera recargada de sal. He recurrido a este hombrón porteño, siempre en sombras, pues representa el silente esfuerzo de la poesía regional que anhela el necesario universalismo.

Alberto Rojas Jiménez, Pedro Plonka, Juan Marín y Jacobo Danke, entre otros muchos poetas porteños hoy olvidados, se suman naturalmente a las vanguardias literarias de entreguerras. Juegos tipográficos, audaces metáforas, innovaciones formales llegaron junto con los grandes veleros comerciales a estas costas, su experimentación se nutre con auténticas búsquedas de originalidad verbal, al sostener la imagen de un Valparaíso siempre por reinventar.

Años después. Los dos puntos cardinales invisibles serán Arturo Alcajaga Vicuña (1920-1984) y Juan Luis Martínez. Ambos conocidos por una minoría devota, enfilan nuestra poesía de caleta rumbo al océano de lo desconocido. Poetas casi secretos, son reconocidos por la crítica antes que las masas. Loco como una cabra, Arturo Alcajaga genera un mundo propio de impensables claves cósmicómicas, aún más para la época lejano pariente de la Mistral se inmola en el altar de los excesos para una posteridad amnésica. "*Las ferreterías del cielo*" (1955): libro objeto del subconsciente chileno, cajón de sastre para apañar hallazgos y desaciertos en partes

iguales Además publicó: "En el Trasmano de la Atmósfera o La Descalcificación del Caballero"(1948), publicación que dedicó como un homenaje al IV Centenario de Don Miguel de Cervantes y Saavedra, luego "Entredios" (1968), que contiene fotografías de sus pinturas abstractas; y un cuarto que editaba en España, "Apagaluceros del Jamás", se extravió el año de su muerte.

CONTRACIELO primero el ANTESOL para los sismos ENTREDIOS es justamente el mediodía que duerme en el fondo

de la noche de los tiempos.

ENTREDIOS, terrazgo venido de los cielos de los jamás,

esa ajena y póstuma vigencia plenamente es ENTREDIOS.

La noche de un durante,

el tal vez de un solamente,

el albur de un siempre astral iluminando el comportamiento

de otros siempres, ENTREDIOS.

(...)

Y si ya en los grandes salones de la nada alguien atizara estrellas

con la edad de las intemperies presupuestadas en mis nadies,

aunque mesuradamente apenas imprevisibles restituciones al consigo

significaran campanadas en la otra mañana de mi siempre.

*El reposo de otro lentamente abriera los frutos antes que
los pétalos
y el alamiento de las aves antes que el trasol de los
inviernos
residiera aquí, la lumbre del mundo,
azul estadía, mi consuelo...!*

(...)

*ENTREDIOS siempre la vida de un entonces sobre el
alguien
de los agrupamientos que irrumpieron a la postre de
cayendos.*

*ENTREDIOS la última mitad de los silencios
que impactaron esa nocturnidad oficial
empuñando la mañana de los arbitrios en el sinfín,
izando el harapo de los discursos,
aquel avatar encanecido por culpa de volcanes
y la sal de las navegaciones en el hacia, ENTREDIOS.
Siempre entre los nortes de la nada y sus sinantes,
y australidades del sintrás del Cielador
iba el ENTREDIOS, invalidado, perecible
y tal vez aquella recientemente intimada postrera
confluencia.*

(Fragmentos de su libro "Entredios" de 1968)

Juan Luis Martínez (1942-1993) autodidacta a conciencia, nos enseñó la lección maestra del silencio a toda costa, hurgando en las vanguardias de un siglo y otro, al separar la poesía chilena en antes/después de "La nueva novela" (1977). Los signos evanescentes, página a página, reabren la cisura de su voz en los límites permitidos al misterio. Poesía concreta, objetual,

del absurdo non sense incluido hacen de este libro único una experiencia hiperlúcida y transtextual que asombra y divierte, urgiéndonos a revisar nuestras supuestas certezas.

Godofredo Iommi (1917-2001), negado a ultranza, logra refugio y tribuna en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica de Valparaíso. Poeta fundante de Amereida y sus travesías, de las phalenas versión criolla y adelantada de las performances y su proyecto mayor: Ciudad Abierta en Ritoque. Poemas privados y tirajes mínimos le vuelven inencontrable, aunque produce una obra teórica singular (habrá que revisar sus lecturas de la modernidad) no logra fundar continuidad alguna y se agota en sí misma.

Pablo Neruda copa la escena local al establecer una de sus casas, actual museo: La Sebastiana, como centro de operaciones sociales. Funda Club de la Bota, en el Bar Alemán y departe con los poetas en formación: Sara Vial, Patricia Tejada, Armando Solari, Ennio Moltedo y Hugo Zambelli.

El Taller Amereida y sus travesías, provocan hondo impacto en las juventudes universitarias de los años 60. Allí estuvo Virgilio Rodríguez, junto a Leonidas Emilfork, Adolfo de Nordenflycht e Ignacio Balcells. También, Osvaldo Rodríguez (más conocido como "el gitano") contribuye al reconocimiento mundial de la ciudad, con su inmortal canción-vals "*Valparaíso*".

(Dámaso Ogaz, pugnó por aclimatar el espíritu libertario y creador de las vanguardias europeas a la pobreza, la indiferencia y la nula capacidad visionaria del ambiente provinciano de Chile. Internacionalista (sic), promotor imparable de colectivos, sus revistas "*El techo de la ballena*" y "*La pata de palo*" (reconocidas por el

surrealismo francés) hoy piezas de colección. Fue desconocido pionero del Arte Postal en Chile. A finales de los 70, empobrecido, sin difusión, tal como vivió, fallece en Venezuela.)

Ahora enumeremos las voces más características de nuestra rala geografía lírica. No quisiera dejar pasar más adentro que estas viñetas tienen carácter impresionista, antes sugieren tonos que señalan estilos. Querría ver reflejadas en ellas, años felices de lecturas y horas, menos brillantes, conversando con tanto autor.

Sara Vial (1927-1933) hace del soneto su morada. Y aún no amplía tal construcción, muchas veces celda del poeta sin oído, advertimos, no es su caso. Nerudiana a tiempo completo, será recordada por su inconfundible aspecto de musa de otra época. Más benévola y, por qué no, más acorde con su métrica.

Una de las voces ignoradas es Patricia Tejada (1932). Desde "*Algo para romper*" (1960) hasta "*Ventana al mar*" (1980) sus versos musicales no esconden la violencia de las emociones, ni rehuyen una auténtica mirada femenina ante el paso del tiempo modificando el paisaje costero.

Hugo Zambelli (1931) ya se antologó de por vida en su opera prima. Caballero cabal y ausente al mismo tiempo, saluda a los clásicos como única compañía. Tan distanciados sus libros entre sí, se creería fueron escritos por sucesores. Aunque su escritura, por desgracia, no logra imitadores. Sólo vive a la espera del lector.

Ennio Moltedo (1931) suma perlas a su cuenta secreta de poesía en prosa, desde "*Cuidadores*" (1959) hasta "*La noche*" (2000), huye del facilismo como de la notoriedad con igual rigor. Repara en los objetos,

dotando de original aliento expresivo tanto al anecdotario infantil como a su cotidiana interrogante por la existencia, que le trae siempre de *"Regreso al mar"* (1994) su antología despojada, para (re)conocerle por fin.

Alfonso Larrahona (1931) ora versifica ora enseña, edita o prologa. Corre al correo a ver si ha llegado carta y vuelve cargado de buenas nuevas, que muchas veces son sólo mala poesía. Empero persiste, ensonetado y larguirucho, en querer abrir Valparaventanas al mundo.

Virgilio Rodríguez, no transa. *"Tierra prometida"* (1987) es libro paradigmático de su proceder poético: rigurosidad y universalidad le distancian del lirismo obvio. Cantos contemporáneos de indudable riqueza estética han ido incorporando una mayor carga vivencial a su palabra, erróneamente tildada académica por sus desconocedores.

Hernán Carvajal, otro secreto a voces de nuestra región. Profesor de generaciones, recibió el Golpe Militar medio a medio de sus cultísimas lecturas. Entonces tornó huidiza e intensamente personal su obra. *"Inxilio"* (1993) atomiza un estado de ánimo: rota en mil pedazos el alma nacional refleja infinitas galaxias de escrituración. Urge leerlo para palear nuestra escasez de genios.

Tito Valenzuela descubrió la poesía visual al tiempo que abandonaba el cine experimental de los 70. *"El patio grande"* (1997) reúne su producción primera que nos habla del exilio interior, ese que aúlla cuando callamos, ahora suma, *"La rosa roedora"* (2001) que canta los desastres que acarrea la vida en común, a hombres y mujeres por igual.

Rubén Jacob (1939) es autor maduro por antonomasia. Publicó ya entrados los años *"The Boston Evening Transcript"* (1993) y resultó suceso regional.

Premios y aplausos para una original mixtura que rezumaba poemas de toda época y lugar, "eso que llamamos tradición" al decir de Eliot. Sus infinitas variantes caleidoscópicas no abandonan el tono reflexivo y final.

Juan Cameron (1947) resultó el más viajado. Su obra ya no espera antología definitiva: "*Jugar con la palabra*" (2000) reúne clásicos como "*Perro de circo*", "&" o "*Cámara oscura*", donde reparte versos memorables desde los 70 a la fecha. Síntesis de ironía verbal y sensiblería, cruza voces cultas y profanas, inmerso en las infinitas variaciones de Eros, aunque con efectos personales devastadores. Lectura obligada para no-iniciados.

El poeta A. Bresky (1947) esconde al estudioso A. de Nordenflycht, pero no lo extravía entre el conceptualismo y las lenguas muertas. Semiólogo, por más señas, viene decantando una obra tersa en su opacidad, hermética para ahorrarnos palabras. Entre "*La señorita sobreviviente*" (1987) y "*El hilo negro*" (1997) ha pasado revista a la fenomenología, la intertextualidad y la deconstrucción. Rigor le sobra, lo que nos falta son sus lecturas.

Gregorio Paredes (1942), escribió "*La Tierra cuadrada*" (1968) e inmediatamente "*El Ojo Espejo*" (2001). Ambos poemarios adscritos a la corriente surrealista desarrollan una variedad de temas únicos preocupados en señalar la extrañeza del hablante frente al mundo. Ironía y sutileza manejados con igual destreza por un autor en sus cabales.

Antonio Vieyra (1947) aún no regresa. Miembro activo de la poesía secreta porteña. Al retirarse de escena, sus obras hicieron otro tanto: "*Figura inaugural*" (1979),

"Yo, Orwell, Fango" (1984), "Objeto silencioso" (1989). Incluso sus amistades no sueltan prenda. Una lástima.

El Golpe Militar, por reacción inversa, desata en los 80tas un momento de intensa experimentación. Pues al desautorizar a los artistas el uso de medios masivos, los impulsó a compartir mínimos espacios permitidos. Incluso reunió a quienes profesaban una rebeldía contestataria con aquellos que se planteaban dis-conformes con la utópica vuelta del Poder Popular, tan culpable del curso torcido de la historia como las tiranías de turno, padecidas por unos y otros.

POLAROIDS PORTEÑAS: DESDE LOS 80^{TAS} HASTA HOY

Hoy no existe foto de llegada posible. Otra velita más para el entierro de la democracia a manos de los militares relevados de sus atalayas por nuevos tecnócratas, tanto aún más peligrosos. Pues los poetas que surcan este mapa incompleto, pelean su lugar bajo los puentes. Aquí aminoraremos el paso para dar cuenta de dos promociones encabalgadas cuarentones y veinteañeros que baten la selva de autopublicaciones y editoriales artesanales en busca de caza mayor: la palabra propia.

Aún me escucho repetir, cada vez con menos convicción: *"De esta temporada en el infierno de las inconsecuencias, ¿quién nos mandó a militar-excomulgar-renunciar-hacer las paces con otros tantos "vaqueros de medianoche", con quienes hoy nos topamos tarde, mal y nunca, de trago en pito, de jale en chute, hasta donde el cuerpo aguante? Aunque hubo quienes murieron con las botas puestas de otra revolución; no, no los olvidamos. La sociedad de consumo nos tenía preparados un destestable rol estelar: seguir con vida. Allí nos hicimos fuertes, con incontables vacíos de formación (quizá no leeríamos a los autores en sus lenguas nativas, pero podíamos recitar toditos los sacrosantos personajes de nuestras seriales infantiles). Batallón de zánganos que deambuló por ciudades sin causa ni lengua común, ingenuamente aferrados al mayor de los mitos: la poesía chilena."*

Nicolás Miquea Cañas (1951) es poeta de exportación cerro arriba. *"Que nos queremos tanto"*

(1989) y "*Fermosa Fiera*" (1999) entre otros muchos títulos y premios no logran dar cuenta de este pater familias, maestro y aprendiz, además de secreto mecenas de las fantasías de los niños porteños.

Enrique Moro (1956), "poeta de escenario" -como bien le catalogara Víctor Rojas- no baja la voz ni disimula sus afanes protagónicos, dispuesto a robarse la película y otros rollos. "*La piedra feliz*" (1996) es su libro-libro, donde resuenan Cardenal, Benedetti y Parra, entre los que patentaron el coloquialismo en nuestras costas.

Axa Lillo (1952) nos presenta con "*Ojos Buenos*" (1995), madurez de verso y estilo definidos en esta menuda mujer de palabra. Ser juez y parte de la vida de un poeta vanidoso no la asusta, más bien la enternecen los afanes terrestres. Sostiene con firmeza una mirada sobre seres y paisajes muchas veces invisibles.

Carlos León Pezoa (1945), hijo dilecto de la noctambulía y las ciencias ocultas se ocupa en nada, siempre atareado citando autores. Si se le logra ver, hiperkinético y locuaz, va de salida. "*Zugzwang*" (1988) fue su salto al escaque literario. Siempre que la risa burlona no dé jaquemate a su interés por la muchachada.

Cristián Vila Riquelme (1955), se declara anarquista confeso y su poesía que no tiene pelos ensucia la sopa agria de tanto y tanto filósofo de bolsillo. Desde "*Al mar*" (1981) hasta "*La vera historia*" (2000) encaletado en su Horcón adoptivo, contempla el juego de las olas y su infinita misericordia con los poderes humanos.

Alejandro Pérez (1954) espació sus dos libros: "*Desencanto General*" (1988) y "*Sumario Expediente*" (1999) formando un arco insospechado de madurez y

decantación. Un mismo tema, el lenguaje de las apariencias, pero con variantes tan novedosas como la lujuria senil y el elogio de sí mismo dotan a este "outsider" con doble pasaporte en nuestras letras y canciones.

Eduardo Correa (1953) ha sabido congeniar sus múltiples talentos con una personalidad ubicua, es decir, dispersamente profundiza áreas tan diversas como el haikú y las trasnacionales del arte. Luego de "*Bar Paradise I, II y III*" (1988 a 1992) aún esperamos nuevos bombardeos a la bahía. Con Correa entró el aire posmoderno que despeinó la tertulia de esta provincia *in vitro*.

Ximena Rivera (1959) mi loca favorita es pura intensidad lírica tensando al máximo expresivo imágenes pulcrísimas, las que devienen en preguntas sin respuesta o diálogo uterino del hablante y su materia prima. Femenino, maternidad, religiosidad y lucidez son revisadas bajo esta nueva luz de interrogantes.

Carlos Muñoz (el Diantre) (1958), ave rara parada sobre ambas patas. Poeta popular, su décima fácil para nada campesina, antes urbana, puntuda y chocarrera. Sus autoediciones las vende al paso y se refocila con los malos pasos de nuestros políticos.

¿Hubo quién no se enamorara de Catalina Lafertt (1958)? Su poesía concisa y trascendente los convenció de una amistad literaria, más duradera. "*Ruta 68*" (1998) es pista única hacia su corazón. Se recomienda frenar a los entusiastas con astringentes duchas diarias.

Alvaro Inostroza (1960) se muerde la lengua, no vaya a ser que diga algo excesivo. Actitud ética apenas recubierta de sutiles imágenes, sus poemas recuerdan el paraíso que perdimos, eso sí, en voz baja, para no alertar a los carceleros del verbo. "*Señales de vida*" (1998) es un libro que no desmerece un ápice su contenida obra.

Luis Andrés Figueroa (1960), aparenta debilidad que es su fortaleza. No estuvo durante años en Estados Unidos, así se las arregló para salir nunca de Valparaíso. "*Velas en el agua*" (1992) y "*Los secretos*" (1996) le aparecen como un autor que emociona, a la vez que enseña sus postales de arribo siempre a punto de partir.

Pablo Araya (1961) se calla lo mejor de su poesía. Por eso publica a tirones: "*Licencia poética*" (1988) luego, "*Harrington 13*" (1999) y no hay más. Duda, ironía y belleza verbal de la buena asaltan la picaresca de bares y pensiones donde se suele oír, primero, su risa. Luego, la fuerza de una poesía hecha y derecha.

Alvaro Báez (1962), canta y su mal espanta, "*Placebo*" (1990) libraba al amor en medio de la guerra, a cambio "*El Envase de Mi Ser*" (1996) se fue en puros estertores de un muerto de risa. Ojo con "*Pájaros y plumas*" (2002) su antología. Pues tan risible vía poética conlleva excesos sumamente serios, que cualquier vividor avezado no mirará en menos.

Al mencionar sus dotes de histrión o su luminosa presencia algo desvaída, Sergio Madrid (1967) recoge el guante de su caballerosidad mal entendida. "*Voz de locura*" (1988) retrocede hacia el futuro de "*El universo menos el sol*" (2001), cada vez más impuros, sus inmejorables versos honestos.

Arturo Morales (1964), se calza su "*Oficio de Alta Costura*" (2001) con la sencillez de quien se sabe premiado por la vida. Fundador por mano propia del Valparaíso de siempre, es poeta amistoso y dialogante, alguien francamente escaso.

Sergio Muñoz (1968) ha debido ser juglar en otra vida, pues la música lo escogió primero. "*Lengua*

Muerta" (1998) derrocha melopeas y cadencias rotas sin cansar. A cambio, cuida gramos y pesos para llegar a fin de mes. Si ve el aula llena, su corazón contento.

Enrique Morales (1970) contiene su inteligencia para que sus mayores no le tapen de elogios. Facha impecable de poeta futuro, se armó de valentía al publicar *"Adiós a Ilión"* (1999). Se agradecen sus breves versos gentiles.

Felipe Hernández (1973), volvió de las Europas con libro gordo de experiencias y poemas: *"Návatar"*(2000). Caso único de adolescencia profética en su tierra, aunque ésta se encuentre siempre al otro lado del océano. Sencillez en el decir avalan tanta transparencia.

Al leer a Arturo Rojas (1975) me repito inconsciente: todo poeta hallará su lector, hasta el más delirante le dará alcance, repito siempre. Y luego afirmo, siquiera un verso nos redima de este oficiar inútil, pero qué noble, apilar palabras al viento.

Alejandro Banda (1976) se para en un escenario y crece en estatura poética. Cameron dice: "la voz más fuerte de su generación", pues proclama sus poemas de largo aliento, acordes a su hablante enardecido. *"Ocurro"* (1997) es libro que sería bueno leer. A solas, quiero decir.

Eduardo Jeria (1977) tiene claridad suficiente al practicar su modestia intelectual. Sabe perfectamente dónde lo encaminan sus pasos literarios. *"Persona Natural"* (1999) se corrige a sí mismo como modelo del primer libro.

Al amparo de las universidades intervenidas, desde 1985 en adelante, agrupaciones gremiales, colectivos de arte o individualistas acérrimos se alinean junto a estos "hermanos mayores", entendiendo que la diversidad resulta un mecanismo de instalación más

eficaz que los anticuados clanes monolíticos (léase Parra, Rojas, Arteche entre los que se resisten al mano a mano del neoliberal consumismo: cuánto tienes: cuanto lees).

Colectivos como Retaguardia de la Vanguardia o La Pequeña Muerte, editoriales como Trombo Azul o Bogavantes, revistas como "El Avión Rouge" o "Ciudad de los Césares" fueron escasas manifestaciones de una misma independencia. Allí, poetas, músicos, teatristas, videastas y plásticos entrecruzaron discursos disímiles y comparten los mínimos espacios permitidos por la dictadura, como si de un pacto secreto se tratara. Muy luego se transará este acuerdo, corrompiéndose y traicionando todo modelo de convivencia apenas retorne la democracia.

Los artistas de los 90tas penaron continuamente por una escena estético-cultural menos alicaída (aunque viéramos surgir bandas de rock y pintores locales que lograron cierto estrellato) aún se nostalgia las glorias pasadas. Y es que a poco desandar esta historia, Valparaíso ya no funda escuelas o lidera tendencias, menos, concita interés por sus letras.

En el actual minuto, la vuelta a la democracia ha significado un retroceso enorme para las escenas de avanzada o vanguardia porteña, pues sus gestos antaño transgresores hoy aparecen como anacronismos sin sentido en resbaladizos terrenos de consenso. Chispazos aislados de una llamita vacilante y a cada minuto que pasa, menos brillante.

Seramente, debiéramos asumir que la espiral evolutiva del arte en provincias, obra con ilógica arbitrariedad y no torpe sumisión a los cantos de sirena de la gran capital. Si actualmente hemos visto desaparecer, no sin cierto beneplácito culposos, poetas comprometidos o cantautores

de emergencia, no es menos cierto que nos hemos sobrepoblado de artistas visuales, videístas, instaladores; todos ellos son la espuma sin sentido de estos días, amén de otras híbridas mutancias engendradas por estos raros aires democráticos.

Hoy no podemos augurar con buena fe de pitonisas, ni mensurar con claridad histórica un proceso que aún ocurre ante nuestra vista algo cansada. Todos aquellos que siguen a continuación, por inéditos o morosos: Guillermo Rivera, Carlos Henrickson, Priscila Oses, Karen Toro, Miguel Moreno, Florencia Smith (y tantos otros que mañosa o inocentontamente escapan a estas "tomas" prestadas a la siempre frágil memoria) están en plena (de)formación de sus talentos.

Sobre la marcha, los paisajes no cobran otro sentido que tránsito y fugacidad, a vista y paciencia del lector predispuesto al viaje por nuestra flora y fauna. Igual que estas polaroids detenido su proceso de fijación de tales nombres, han comenzado a trabajar en su propia destitución: ya se sabe: vendrán otros lectores.

Enero de 2001 - Julio de 2002.

Cada cierta cantidad de artículos deberíamos agradecer a los lectores por su deferente costumbre de llegar hasta la última página. Ejemplo que no muchos críticos literarios llevan a cabo, cuando se trata de realizar su oficio callados y sobreponerse a los modales del cacareo cada vez que se ponen a hablar.

No deseo desenterrar la vieja disputa insalvable entre críticos y artistas, pues soy ambas cosas. Sólo quisiera referirme a ciertas conductas reñidas con la urbanidad lectora. Si se califica a alguien de "buen" lector (condición sine qua non del crítico) por lo general se apunta a la cantidad de textos leídos y comentados en algún medio masivo y casi nunca a la profundidad de esa mirada.

Sólo los escritores menos contaminados siguen enviando sus textos al crítico para dialogar sobre una pasión compartida: la buena literatura.

Al finalizar quisiera señalar una virtud contraria de la buena y aún, la mala crítica. Y es aquella simple pero esencial de prestar atención a un autor y a su obra. Cualquier buen conversador sabe que si sus oyentes no logran meter baza en medio de tanto palabrerío, está condenado al fracaso; si algún autor aquí aludido no percibe siquiera un asomo de solidaridad al siempre cuesta arriba oficio, en estas palabras, es que no cumplí mi cometido. Pido disculpas si así fue.

ÍNDICE

Agradecimientos y Aclaración	7
PALABRA POR PALABRA	9
El Peso Literario de la Provincia	11
Poesía y Paisaje	13
Atrapemos al Esquivo Lector de Revistas	15
Bebiendo en Bar Cesantía	17
Impresiones desde una Imprenta en Desuso	19
La Violenta Humanidad	21
Deudas Literarias	24
Fantasmas del Futuro	27
Novísimo Periodismo	29
¿Qué fue del Roland Bar?	32
RETRATO DEL AUTISTA ADOLESCENTE	33
Poetas chilenos del Tercer Mundo	35
LA INVISIBLE LÍNEA COSTERA	37
Verdades Abreviadas en la Mesa de Todos	39
Suma y Resta de Pablo Araya	42
Infierno Puertas Adentro	45
Figura y Fondo en Víctor Rojas	48
La Inencontrable Novela de un Poeta	51
El Resto, Silencio	55
Un Traje a la Medida	58
Y si Nos Dejáramos de Poesía ¿Qué?	61
Narratoría Pública: Tres Libros Ausentes	64

MUDANZA NO VIAJES	69
Infante Lector Voraz	71
Viejas Seriales	72
Propina para Meseras	73
Ciudades en Domingo	74
Aparición de la Lluvia	75
Amargura Festiva Trajo la Mostaza	76
Cuento de Hadas Cibernético	77
Doble elogio de la Fotocopiadora	78
Separe sus Juguetes	79
CERRADO POR BALANCE	81
Pensad en el Gusano	83
Tener o no Tener Voz	84
Llenad las copas por Astica Fuentes	85
Raíz de Mandrágora	86
La Maniática Realidad	87
Una vez el Azar se llamó Juan Luis Martínez	88
POLAROIDS PORTEÑAS	89
Vistazos a la Poesía del Puerto	91
Polaroids Porteñas	103
Cortesía y Crítica	110

LIBROS PUBLICADOS

COLECCIÓN POESIA

- Mester de Herrería, Pablo Araya*
Poetas en la Quinta (selección), Juan Cameron
Poemas Unidireccionales, Roberto Cárdenas
Las Muchachas de Biarritz, Nancy Gewölb
Persona Natural, Eduardo Jeria
El Bosque Encantado, Carlos Johnson
Alone Again, Carlos Amador Marchant
Fermosa Fiera, Nicolás Miquea Cañas
Concreto Azul, Ennio Moltedo
El Ojo Espejo, Gregorio Paredes
Mamalluca, Eduardo Parra
La Carnada (Pescando la Luz), Paula Pascual
Expediente Sumario, Alejandro Pérez
Luz y Sombra, Susana Ramos
El Tractatus y Otros Poemas, Guillermo Rivera
Delirios o el Gesto de Responder, Ximena Rivera
El Último Color del Día, Claudio Rodríguez Lanfranco
Territorial, Walter Rojas
El Silencio Crece en el Jardín, Karen Toro
La Rosa Roedora, Tito Valenzuela

COLECCIÓN CUENTOS

- El Samurai y otros relatos, Jaime Bergamín*
Los Parientes Pobres, Fernando Emmerich
Cuentos Históricos de Casablanca, Alfonso Cangas
Un Cuento para Mariela, José Luis Carrasco
Media Clase, Gabriel Castro
En Tiempos Como Estos, Carlos Henrickson
Todo Pasando, Aquiles Lira Briceño
La Segunda Persona, Juan Carlos Muñoz

Te lo cuento, pero no lo divulgues, Edy Navarro
Narradores de la V Región (selección), Adolfo Nordenflycht
Dorada Locura, Manuel Peña Muñoz
El Margen Vertiginoso, Luis Riffo

COLECCIÓN NOVELAS

Páginas del Lago, Pedro Alonzo
Valparaíso: La Perla del Barrio Chino, Eduardo Correa
Los Cururos de la Santa María, Carlos Amador Marchant
El Ojo de Nadie, Antonio Rojas Gómez
Las Arquitecturas Invisibles, Ignacio Vásquez Caces

COLECCIÓN CRÓNICAS Y ENSAYOS

Valparaíso: Escenario y Artistas, Nancy Astelli
Valparaíso y el Mar, José Luis Carrasco
Barquero en el Puerto, Carlos Amador Marchant
Álbum de Flora y Fauna, Marcelo Novoa
Escenas de la Vida Bohemia, Víctor Rojas

En la colección, junto con la tipografía Book Antigua
fueron utilizadas las tipografías Book Antigua y Fujiyama
Diseñado e impreso por Enrique Vicuña Briones
en Novaterra Consultores, Cerro Alegre, Valparaíso

COLECCIÓN NOVELAS

El Libro del Libro, Pedro Alonso
El Libro del Libro, Pedro Alonso

COLECCIÓN ENSEÑANZA Y ENSEÑANOS

El Libro del Libro, Pedro Alonso
El Libro del Libro, Pedro Alonso

En este libro se emplearon
las tipografías Book Antigua y Fujiyama
y se imprimió en papel bond 24.

Diseñado e impreso por
Enrique Vicuña Briones
en Novaterra Consultores
Cerro Alegre, Valparaíso
Noviembre de 2002.

He dejado impreso mi entusiasmo por la letra ajena en diversas publicaciones nacionales y extranjeras a través de diez años. Este ejercicio de memoria lectora nunca termina, sólo que se rebela a ratos, cada vez que veo brillar un nuevo astro en el firmamento local. Gestos tan simples como las consabidas notas de arriba o bien postales en movimiento. Aquí se presentan tal como fueron y como quisieran llegar a ser: pretextos para amigos que de otro modo no sabrían de nuestro cariño textual. El autor ha escogido entre aquellas más resistentes al pudor crítico y sólo espera no repetirse, sino remitirse a signos aún por descifrar en estas costas del olvido y la perdición.

PORTADA SALVADOR LAURIANI

Es Licenciado en Artes por la Universidad de Playa Ancha. Ha realizado numerosas exposiciones individuales y colectivas.



PROGRAMA PUBLICACIONES LITERARIAS
GOBIERNO REGIONAL DE VALPARAISO

